

UN POETA EN LA SOMBRA

SEÑORAS Y SEÑORES; ILUSTRES COLEGAS:

Si yo contara con el caudal de erudición del crítico literario autorizado, y bien sabido es que ni lo tengo ni pretendo aparentar que lo atesoro, no lo sacaría a relucir en la ocasión presente, porque sobra el aparato de la sabiduría cuando no se venga aquí a exponer los frutos de una labor propia de investigación o de invención.

No me ha tentado el designio de acometer un trabajo original, sabiendo el prestigio del auditorio a quien debía ofrecerlo, pues que no hubiera llegado a dar cima a ninguno digno de su ilustración; y, en todo caso, habría desistido de la empresa, porque la ocasión era que ni pintiparada para el tributo que yo debía a un



cordobés de la estirpe de los elegidos, desaparecido ha poco. Yo, primero, en nombre de la Academia, porque de nuestra Academia era, y en particular después, porque fué el amigo entrañable en las letras que me guiara y adoctrinara en muchas ocasiones con su competencia y gusto depurado.

Así que estos renglones no tienen otro significado que el de un recordatorio; y si lograran el alcance de fijar en definitiva la memoria de otro cordobés (y cuando digo cordobés me extiendo a cualquiera nacido en la tierra cordobesa, que no sólo en la ciudad que es cabeza suya), no sería por gracia de mis palabras, sino por justicia a los méritos de la obra que trato de divulgar.

El poeta... Ocio, ensueño, ideal... Ocio en el tráfago, sueño en el desvelo, ideal en la prisión de la grosería... Palabra siempre noble, pensamiento que no abate el vuelo, corazón en pugna con la mezquindad... Afán de perfección, generosidad de tesoros sin precio, música de emociones inefables... El poeta, el artista... la eternidad entre lo perecedero... Su figura, pues, no se borrará jamás del mundo, ni caerá definitivamente abatido, ni se apagará su eco entre el tumulto de las voces desgarradas. Aunque los tiempos no le sean propicios—¿pero cuándo le fueron—? y cuando menos propicios, como estos que corren, más se encarece la misión redentora que al mundo lo ha traído.

Por donde queda plenamente justificado que *todavía* se quiera glorificar a los poetas.

Un poeta... Uno de la legión de los nacidos en estas fértiles tierras nuestras; uno entre la multitud del Parnaso cordobés que abarca en sus dominios desde las cumbres de la Mariánica a las crestas de la Penibética; uno de los que arrulló el Betis en su cuna, infundiéndole divinas resonancias. Y como aprendiera a cantar en las frondas del más celebrado por los vates, la voz inspirada se apagó en los jardines de maravilla que sus mismas aguas riegan. Porque don Diego Molleja Rueda vino al mundo en Villa del Río, y ha dejado el mundo en Sevilla. Entre 1861 y 1932.

Sencillo, con la sencillez de la humildad, agudo de entendimiento, de ardiente fantasía, noble de corazón, fino de sentir, menudito, magro, manojillo de nervios, abundoso de palabra, de voz robusta, corto de vista y tardo de paso, este don Diego discurría blandamente por la vida desasnanando muchachos y componiendo versos. Nada más. Había nacido para faenas delicadas.

Fuera de una estancia obligada en Alicante, de breves años, por vicisitudes profesionales, de donde volvió en 1915, no traspasó, sino para fugaces ausencias, los ámbitos de Andalucía. En su tránsito por estas tierras embrujadas, para los que hemos rehuido las ocasiones de abandonarlas por ventajas mal avenidas con las inclinaciones sentimentales, hubo de morar en Sanlúcar, en Cabra, en Ecija, en Córdoba y, por fin, en Sevilla, hasta su óbito. Quiere esto decir que la condición nativa suya de hijo de Apolo gozó siempre del ambiente propicio al crecimiento y madurez de unas facultades capaces de las empresas estéticas. Discurriendo por los sotos umbreros de Villa del Río, anonadándose en la contemplación del Océano, donde van a dar las aguas del olivífero; perdiéndose por las sendas innumerables que cruzan los jardines del campo de Egabro; sentándose a

la sombra de los naranjos en flor que pueblan los alcores de esta sin par sierra cordobesa; descansando en los pensiles inmarcesibles del parque hispalense, el que no es poeta se acongoja de no acertar con los decires armoniosos que pinten los cuadros fascinadores y pregonen las emociones que suscitan; y el que lo sea no puede resistir la exaltación y rompe a cantar con el ruiseñor que en la noche tibia lanza requiebros a las estrellas. Así, descuellan en la lírica los más privilegiados de nuestros vates, y así hubieron de brotar del numen del príncipe de la falange *Las Solitudes...*

Con los motivos de inspiración poética de que aquí la Naturaleza se muestra pródiga, se brindan al artista los que va dejando la vida de las gentes, elaborados al paso de los siglos, en el acervo del folklore, colmado de sugerencias de calidad estética tan acendrada que decir Andalucía es decir Arte. De tal suerte que el poeta andaluz es, sin que se lo proponga ni lo pueda eludir, poeta popular, cantor del folklore. Y así lo fué, y a gala lo tenía, este de mi elogio, como lo corroboran algunas de sus composiciones que aquí traigo; irremisiblemente, porque era catador exquisito de las esencias bellas del palpar del pueblo y porque su sensibilidad lo guiaba certeramente a los escondidos veneros donde por doquier fluye aquí la vena poética.

La estancia de Molleja en Cabra fué decisiva en su formación artística, no sólo por el influjo del medio, concierto de realidades concebidas en el sueño delirante de un galán de la Belleza, sino también por su participación en las tareas del famoso Lekanaklub, que agrupó en torno a don Luis Herrera Robles, su fundador y mantenedor, a cuantos de allí, con otros de fuera, se consagraban a las actividades estéticas. Seguro que aquella singularísima sociedad merece un estudio que complete las breves noticias que de su existencia dió Albornoz en la *Historia de la ciudad de Cabra*, que compuso, porque el Centro de las Bellas Artes, que su nombre exótico significaba, fué muestra gallarda de sana preocupación por las cosas del espíritu, digna de loa y con categoría de ejemplo. Por móviles patrióticos, corra la tarea a cargo, antes de que los recuerdos de personas y circunstancias interesantes se desvanezcan en la lejanía del tiempo, de algún egabrense devoto de las letras, y no añado que fervoroso de su pueblo, porque todos lo son a porfía.

Pues en aquel cenáculo bullía este mi don Diego, mozo entonces, y todavía despreocupado de los prosaicos afanes con que atosiga la vida más pronto o más tarde, entregado con toda su alma al estudio de la Poesía

y de la Música. Y de cuánta fué su aplicación han quedado claras y elocuentes muestras; pues el tono que al Lekanaklub daba el ilustre humanista, traductor de la Eneida, se advierte en la elevación constante de pensamiento en Molleja, en la pulcritud y casticismo de su lenguaje y estilo, en la corrección de su técnica, en el gusto acendrado con que constantemente se produce.

Fué uno de los directores de la sección de Música de aquel simpático Centro; con que dicho está que descollaba en el culto al divino arte, y de sus aptitudes y competencia ha dejado muestras en varias composiciones muy estimables, en opinión de los entendidos.

En ningún lugar encajaría mejor que aquí un apunte autobiográfico, tomado de una carta que don Diego me dirigiera el 1919, tratando de las composiciones del egabrense Vicente Toscano Quesada, gran amigo suyo, y otro de los del Lekanaklub. Se me confiaba así, en la intimidad:

»Cada día siento más honda satisfacción cuando considero que mi primera composición—nada menos que en verso libre—la dediqué a Vicente Toscano.

»De la reunión literaria saqué una conclusión: la de que me parecía que podía yo escribir versos. En las celebérrimas cenas de aquel *Parnasiillo* se exigía un soneto con pié forzado, y yo salía del compromiso lo mejor que podía, haciendo el mío. Esto de hacer versos no me preocupó gran cosa; porque los sucesos a que me refiero datan del 90 al 91, y la poesía *Tu Musa* fué compuesta—soy muy poco exacto en las fechas—allá por el año 902 o cosa así.

»Había triunfado Vicente con aquel trabajo que dedicó al Modernismo, y juntamente «Blanco y Negro» insertaba la oda *España*, escrita bajo la amarga impresión de nuestra derrota en la guerra sostenida con los yankis.

»Y entonces—sin precedentes de otras poesías—pensé yo dar testimonio de cariño al amigo con la referida obra. Muy dudoso de que cumpliera los fines que yo me proponía...

»Juntamente con el tributo de gratitud al amigo—si aquello era realmente una poesía completa—pretendía yo asistir de presente, es decir, con mi protesta, a dos grandes hechos, verdaderamente histórico el uno, y literario, de gran transcendencia el otro. Intenté—vuelvo a decir—estos fines que no conseguí; pero, a decir verdad, la poesía—que fué muy bien recibida—no diré muy elogiada—me abrió las puertas para el porvenir».

Ya tenemos a Molleja en la República de las letras. Más adelante recojo aquélla, obra lograda, de maestro, como se verá.

Ingresado en el Magisterio nacional en 1891, vivía preferentemente por inclinaciones de vocación y por acatamiento al deber para sus obligaciones profesionales, con honradez ejemplar. Se daba por entero a la escuela y a los niños, con entusiasmo y devoción; con el fervor que anima a los llamados a empresas transcendentales cuando los dictados morales no se han eclipsado en la propia conciencia. De su escuela, sencilla y riente, hizo una mansión de arte; y en su trato con los muchachos encontró el ambiente que lo defendiera de los rigores del clima que predomina en la atmósfera social, agostando la delicadeza de los sentimientos de esencia poética.

Oid lo que de este Maestro primario escribió Luis Bello en su *Viaje por las escuelas de España*, tomado de un artículo que le dedicó, el primero de la serie *Sevilla*: «Lo que haga, por escrúpulo de conciencia, ya que estoy aquí, tendrá cierto color histórico, casi de arqueología escolar, como si revolviera otro Archivo de Indias y encontrara entre papeles viejos algún manuscrito interesante.

»Por eso entré en la escuela de la Alhóndiga, donde tuve la suerte de encontrar al tipo de maestro que yo iba buscando por Andalucía: a don Diego Molleja Rueda.

.....

»Popular y estimado por todos. Maestro artista, poeta—poeta clásico, mide los versos con oído latino—. Su clase, en lo alto de una pintoresca dependencia municipal, mantiene abiertos sus balcones a las azoteas de enfrente; es como un taller de pintura, y los muchachos, aprendices. Nada se acomoda en la escuelita de don Diego Molleja a las normas pedagógicas universales. Es un pisito; dos estancias llenas de sol; por campo de juego, una terraza. Quizá no se halle tampoco el mismo don Diego vestido y perfilado por dentro muy a la moda. Su alegría, su libre discurrir socrático y el sesgo de su sonrisa me recordaron a don Francisco Giner. Más infantil. Aunque no sea este el modelo predilecto del maestro de la Alhóndiga. Pero si hablo de él es porque para mí representa este maestro el tipo permanente de educador a la antigua—a la eterna—, puesto al margen—no diré por encima—de reformas y proyectos. ¿Qué pide ahora don Diego Molleja, viendo danzar millones de pesetas para las escuelas de Sevilla? Que le pongan a la suya un zócalo de azulejos. ¡Siquiera como el de la farmacia de la Alhóndiga, que tiene a la puerta de su casa! ¿Nada más? Y que sus alumnos salgan también artistas, con un poquito de esa luz celestial hecha para alumbrarnos la vida de los pobres: luz tan mara-

villosa que no sólo sirve para eso, sino de añadidura, nos da para vivir».

En el ocio no vagaba. De rica vida interior, cuando sus tareas le dejaban libre el tiempo, sosegado el ánimo, aquietado en la reflexión, resignado en desvelo morbos, cantaba por cantar, hacía versos por hacerlos.

¿Cómo y cuáles eran estos versos?

A través de ellos empezó mi conocimiento y trato con su autor. Y hablo de esto, porque alguna relación guarda con el interés por la cultura cordobesa, a que estamos obligados estrechamente los que a esta Academia pertenecemos.

Al repasar las colecciones de los periódicos locales, cuando empleaba mis breves ocios en rebuscar las producciones de poetas cordobeses, con el designio de escoger aquellas de singular mérito, para ordenarlas en un libro destinado a las escuelas, donde los niños encontraran gallardas muestras de la facundia de los ingenios de la tierra natal, con que el amor a la patria menor se robusteciera, el cultivo de la lengua vernácula resultara favorecido y hallaran pasto los anhelos de puros goces estéticos, que aún en los más rudos alientan, encontré ciertas composiciones de Molleja, porque Molleja colaboró en la prensa de aquí, frecuentemente en el *Diario de Córdoba*, y cuyas aparecieron en aquel *Ramillete del Almanaque del decano*, por donde desfilaban todos los cordobeses avecindados en la República de las letras y otros que hacíamos pinitos para merecer la ilustre ciudadanía, sin llegar a lograrla; las cuales composiciones fueron para mí revelación de un vate de valía, esto es, con alma de poeta—gusto, inspiración, sensibilidad—y diestro en el manejo del verso, con la destreza del que se ha amamantado en los clásicos y tiene la fortuna de seguir sus pasos.

Sus poesías me llevaron a la amistad con el autor, y el trato llegó pronto a hacerse íntimo, porque se prestaba don Diego, con entusiasmo y generosidad que le agradeceré siempre, a guiarme y aconsejarme en las tareas que me absorbían por entonces. Y así, pasaron por su censura, que es decir por su dictamen, las que iba eligiendo entre mis hallazgos de los olvidados y de los de renombre escaso, y las que debiera preferir de las muchas excelentes de los autores de nota. Y aquello me dió a conocer cuán vasta era la ilustración de Molleja en materia literaria, cuán refinado su gusto, cuán exquisita la sensibilidad de su temperamento artístico, cuán exigente y atinado en el pulimento de la forma, como concedor a fondo de la riqueza del idioma. Muchas de sus cartas eran notas de atinadísima crítica literaria, dignas de la publicidad. Y se manifestaba en toda su

amplitud la vibración de su alma de poeta, cuando recibía trozos de algún desconocido suyo de los de imperecedera huella, como, por ejemplo, al leer una silva, que le remití, y un fragmento de comedia del montillano Daniel Leví de Barrios: la seducción de la obra lo arrebatava, tal y como si él la hubiera concebido y dado a luz.

Esta manera de colaboración que me prestaba se extendía a la búsqueda de obras que yo no encontraba por las bibliotecas de nuestra ciudad, y llegó en su afán de ayuda y en su entusiasmo por los libros de cordobeses a proporcionarme copia de los *Proverbios morales* de Alonso Guajardo Fajardo. Libro de subido interés, por ser de Córdoba su autor. estar la obra impresa primeramente aquí y no hallarse ejemplares en nuestras bibliotecas. Y tan raro, que para su reedición, en 1888, costeada en Sevilla por don Agustín Guajardo Fajardo, hubo de valerse del único conocido, en poder del Marqués de Jerez de los Caballeros, que lo había adquirido en Lisboa en la venta pública de la biblioteca del Marqués de Pombal; y que yo sepa no llegó o no queda alguno de la segunda tirada en Córdoba. Y para que lo haya, pasa desde ahora a esta de nuestra Academia la copia, de su puño y letra, que don Diego me remitió.

Desde que la Academia lo nombrara socio correspondiente en Sevilla, se interesó vivamente por nuestra labor: acogía siempre con fruición los números de nuestro BOLETÍN, y ardía en deseos de venir a dar una lectura en el seno de la corporación de sus composiciones de enjundia folklórica. Y cuando lo invitamos a que participara en las tareas de la celebración del centenario de Góngora, acudió rebotante de entusiasmo, asistiendo a las solemnidades principales e interviniendo con bríos juveniles en su ancianidad, con el fervor de quien realiza alguna ilusión largamente acariciada, en la sesión de clausura, en el Círculo de la Amistad, donde leyó su magnífica poesía *A la Musa de don Luis de Góngora*.

Tratando principalmente de traer a la luz de esta ocasión la obra de mi poeta, para librarlo de la sombra del olvido, peligro que corre tanto por el despegó del día hacia los versos, cuanto por no haberse publicado en colección, momento es ya de que la vulgaridad de mis expresiones ceda la plaza a las exquisiteces del verbo pulido de Molleja.

Y empiece por lo más gracioso y castizo que de su pluma salió, por las coplas. Por las coplas en que canta el alma de Andalucía, y que él soñara escuchar en su pueblo, en Córdoba, en Ecija, en Sevilla.

Discurre su musa por los olivares de Villa del Río y de Montoro, cuando los anima el jolgorio de la recolección de la aceituna; que antes

la gente iba a esta faena con ansias desbordantes de diversión. Y le inspira este cantar, que expresa el sistema de trabajo que seguían los aceituneros y las aceituneras de por allá, y también el afán de legítimo provecho, con el de contabilidad de la ganancia, en términos que pudiéramos llamar técnicos, en éste y en los que siguen, pero del rancio tecnicismo popular, que trasciende por lo mismo a folklore:

Olivo y vuelta, moreno,
dame la mejor hilada,
que quiero llevar repleta
la faltriquera de tarjas.

Este otro es un requiebro delicadísimo y un elogio insuperable de la excelencia del fruto del árbol sagrado:

Cuando coges aceituna,
faneguera de «La Mata»,
en tus manos me parecen
puñaditos de esmeraldas.

Una alabanza en boca de mujer enamorada, de las prendas de trabajador del mocito que la requiebra:

El moreno que me ronda,
antes de que rompa el alba,
subido está en el olivo,
dale que dale a la vara.

Estrella, la del Portichuelo, que ahora vive en la calle del Martillo, impaciente, a la caída de la tarde invernal, aligera el paso, cargada con el cántaro que ha llenado en la fuente Lanzarino. Llega a su casa y se para en la puerta. Su mirada, en espera del amado, se pierde hacia la campiña, y ve que asoman por el cerrete do se alza la ermita de la patrona los primeros que vuelven, unos a pie, otros montados, a descansar de las fatigas de la jornada. Y rompe a cantar así, en un transporte:

Ya bajan *las varas*, madre,
por la cuesta de la Estrella,
ya suenan las campanillas
y el corazón se me alegra.

Ha concluido la campaña aquella tarde en un pago de los más ricos y poblados de Montoro. Hay juerga a la noche en un molino, y allí acuden los aceituneros de los contornos. Uno de los que van de este lado del río a bailar con la novia está impaciente, y lanza en la espesura de la sombra y del silencio esta llamada:

Barquero, pásame el río,
que es noche de *botijuera*
en el Charco del Novillo.

Me parece que este *botijuera* necesita una explicación, que en el diccionario naturalmente no encontraríamos. Y voy a dar la que me dió Molléja, inventada de una de las características de la reunión. *Botijuera*: jolgorio, fiesta para celebrar el término de la recolección de la aceituna, en el campo de Montoro. De cuando el vino se bebía en la bota de cuero, y de la prisa y frecuencia en trasegar el zumo a los consolados estómagos, dejando al instante vacías y fuera del corro las botas en circulación: *Bota fuera, bota juera, botajuera, botijuera*.

La musa vaga ahora por los huertos, patios y callejuelas de los barrios bajos de Córdoba. El sol irresistible de agosto dora todavía, a la caída de la tarde, la tapia la víspera blanqueada. Sale del suelo que acaban de regar un vaho que sofoca. La alegría del Tránsito de la Virgen llena de ruidos las calles del Alcázar Viejo. Los mocitos van pregonando de esquina en esquina la subasta de la sandía, adornada de cintas de seda rojas y azules. Repican las campanas de San Basilio. Los más fornidos pugnan por las horquillas para pasear en triunfo las andas de la Virgen de acá, dulcemente dormida. Julio Romero se ha parado a embriagarse de luz y colores mirando a un patio donde se alza un macetero con un monumento de plantas, bajo el dosel de un tapiz verde salpicado de estrellitas que el testero cubre. Y entonces aparece, junto al pozo que asoma por entre las macetas, una nena prendiéndose al pecho un ramo de jazmines. Acabando de acicalarse, ajena a que la contemplan, y pensando en ponerse más bonita, para que el novio le eche más flores al pasar con la Virgen, va y canta así, retratándose de cuerpo, de alma y hasta de prosapia, como una de aquellas que vivirán siempre en los lienzos del pintor que la escuchaba:

Ojos tengo de ágarena.
fortaleza de romana,
es de gitana mi garbo
y de andaluza mi gracia.

Entremos por el callejón del Adarve. Aquí es. El corral está todo plateado de luna. Y lleno del bullicio de la vecindad. Allí se respira después de aquel día de bochorno. Han bautizado a un nieto de la casera, que andando el tiempo será piconero o *mataor* de toros. ¡De fijo! Y lo celebran con una caracolada. Habrá baile hasta que venga el alba. Todavía

anda la concurrencia afanada en llenar platos y tazones del humeante caldo oscuro y entretenida en tirar de la gaita de los cocidos animalitos. Pero hay quien se impacienta porque el jolgorio no empieza. Los *tocaores*, en la íntima compañía de una damajuana de a veinte que acaban de sacar del pozo, se ponen a templar. Y antes de conseguir que los instrumentos estén en condiciones de acompañar al Niño de la Malmuerta, uno de los de *tronío* y *cartel*, de los cantaores apalabrados, que no se ha dignado parecer todavía, se les planta delante, en jarras, oliendo a nardo y albahaca, una mocita de la casta de aquélla del Alcázar Viejo, y se arranca con esta tonada:

Retuerce bien las clavijas,
asegura la cejuela
y afina bien la guitarra,
que canta una cordobesa.

La noche transcurre en un hervor de alegrías, de palmoteos, de risas, de rasgueos, de cante, de bailes... Nacen unos amores y otros sucumben en el juego jocundo o en la lucha apasionada de tantos ojos centelleantes y de tantos pechos henchidos de pasión. La mocita de la copla está inexorable con Paco, nada más que por haber llegado después de las doce. ¡A lo mejor porque había estado por ahí el muy granuja pidiéndole a otra compromiso! Y, como si el infeliz hubiera cometido un crimen monstruoso, ni lo mira. Le ha vuelto la espalda tantas veces cuantas él ha querido pegar la hebra con su novia. Y todavía peor: que la indina se ha pasado la noche en dulces coloquios con Rafaelillo, el de la monjera de Santa Isabel, un mozo de respeto por sus hechuras y de unas intenciones que nadie se explica, habiéndose criado en una casa santa. Como bailar, no ha bailado con Rafaelillo ni con nadie. Y Paco, cabilando, cabilando, pajizo de rabia, no acaba de decidirse; sus arranques van y vienen entre matar a Rafaelillo o tirarse por los barandales de la Ribera. El hombre está como para que lo encierren en San Pedro Alcántara. La *bahtahola* se va calmando, que ya hasta los más jaraneros se han rendido. Alborea. Aquello se acaba. Cada cual echa para su casa. Pero, ¿a donde irá Paco, con el fardo de sus penas y el corazón hecho pedazos? No quiere que su madre lo vea así, acabado de desengaños. A otra parte con el alma muerta. Y recogiendo en sus ojos turbios de llanto contenido la agonía del último lucero que se esconde, avanza hasta la vera de Fuen-santa, y le mete, con voz trémula, en el pecho este puñal:

A las Ermitas me voy
a llorar mi desengaño,
que lo que has hecho conmigo
me tiene «desesperao».

Y Fuensanta, que está más loca de amor que Paco, le restituye la vida que le había robado, con una mirada fija, penetrante, sin fin, que lo envuelve en un manto de caricias. Y Paco, recuperado y gozoso, y lleno de la ternura que linda con el misticismo, eleva al cielo esta súplica, con las manos de Fuensanta entre las suyas:

Al Cristo de los Dolores
«arrodillao» le pido
que no me des desazones.

El alma cordobesa, que habló en sentencias eternas por la boca de Séneca, estoica de raza, siempre supo mantenerse erguida y serena frente a los embates de la malicia, en el fragor de la lucha de las miserias, desdeñosa y elegante en las acechanzas del dolor, y abierta a las doctrinas del Evangelio y rendida a las devociones que han brotado en este suelo, empapado en sangre de mártires cristianos, se siente con fortaleza para resistir las más hondas tribulaciones. El cordobés sabe todavía levantar los ojos al cielo. Y por eso canta:

Yo no le temo a las penas,
que en las penas me acompañan
mi San Rafael bendito,
mi Virgen de la Fuensanta.

La fama ha paseado por el mundo los nombres de pueblos nuestros privilegiados con ricos dones, que la abundancia ha volcado sin tasa en sus campos, y con la gloria de sus hijos más ilustres, el de Córdoba ha corrido pregonado también con el prestigio de unos hombres arrojados que divertían a las multitudes jugando alegre y diestramente en los ruedos con la muerte. Y cuando queramos ponderar nuestras riquezas naturales, y exaltar, en las pugnas de la afición, la superioridad de Córdoba, como sede de los Califas de la tauromaquia, no tenemos más que recordar aquella copla de fandango:

Para aceite el de Montoro,
para vino el de Montilla,
para toreros la tierra
de Lagartijo y Guerrita.

Viviendo en Ecija, adonde fué el 1891, al ingresar en el Magisterio

primario, y volviendo a ella muy a menudo, desde Córdoba, adonde vino en 1907—aquí tuvo a su cargo la escuela del Alcázar Viejo—, porque allí había quedado de maestra su esposa, pasaron más de veinte años de la existencia de Molleja. Así que forzosamente abundan en su cancionero las poesías de asunto relativo a la ciudad del Genil, por entonces la ciudad de sus amores.

En ésta explica el blasón de la gran Solina:

Dicen que el Sol orgulloso
de verse rey de los astros
de su disco hizo el escudo
para el pueblo astigitano.

De allí su elegida, cuando la enamora le canta, ensartando en un verso el sobrenombre del pueblo, con que se expresa el rigor del clima estival en la que ostenta en su escudo el Sol:

Al bendito San Lorenzo
lo asaron en las parrillas,
y a mí en amores me abrasa
«la sartén de Andalucía».

Quiere pintar a la mujer de Ecija y la parangona con la más bella de sus torres:

Eres, hermosa ecijana,
reina del río Genil,
más esbelta y más airosa
que la torre de San Gil.

Y para que su hermosura se acreciente y resplandezca con el afeite único que las bellas necesitan, le canta esta seguidilla, con el elogio más poético del río do se miran las ecijanas, hijo del Mulhacén:

Si al Genil vas por agua,
lávate el rostro,
que sus ondas se forman
de nieve y oro.

Lávate, niña,
y tendrás pelo rubio,
blancas mejillas.

Sabida es la feracidad de la campiña ecijana, la misma que nuestras tierras de Santaella, con fama que ningunas otras le ganan, y que la ciudad del Genil es también llamada la de las torres, por las muchas y a cual más artística que allí se alzan en sus numerosos templos, aventajándole a todas la ya mentada de San Gil:

La gran Solina contiene
más trigo que ambas Castillas,
más olivos que Montoro,
más torres que Alejandría.

Y por esto, y para celebrar la gloria de los repiques de los broncees innumerables, más elocuentes que los muy famosos de España entera, dice también:

El día que echan a vuelo
las campanas ecijanas,
la de La Vela no suena,
la de Toledo se calla.

Los extravíos de las supersticiones, de cuyo influjo tan difícil es librarse, habían de inspirar al poeta; y así recoge una de las que tienen metidas en el alma los ecijanos, por cuanto su vida está amarrada a las vicisitudes de los cultivos, como acontece en toda Andalucía, y más en el riñón de su campiña, en estos cuatro versos, tan espontáneos y sencillos cual los nacidos no se sabe de quién, tan pulidos, como si hubieran rodado de generación en generación:

Cuando se para en la Plaza
la procesión de San Pablo,
si arden las velas, cosecha,
y si se apagan, mal año.

Día de Inocentes. *Día de los locos* en Ecija. Las chavalas, vestidas de manera absurda, con tiras de papeles de colores chillones, hechas verdaderas máscaras, pero sin antifaces para que sus palmitos hermosteen la fiesta, después de bailar y pedir por las calles, de cantar aléluyas y coplas con las novedades y acontecimientos locales, suben a divertirse al *Rolluelo*, a divertirse y a divertir a todo el mundo, que allí acuden ese día los ecijanos a comer o merendar. Y allí, en el *Rolluelo*, se hacen polvo bailando las *loquillas*.

De buena gana, con todas las ganas, Juanillo se llevaría a su casa de ama y legítima señora a Valle, que se ha dejado atrás a Preciosa, en lindeza y seducciones. Pero como él es castellano y ella jítana, pues se roe las entrañas y se traga las lágrimas que se le saltan cada vez que mira a aquella divinidad danzando. Y el desconsolado se desahoga, cuando vuelve a su casa:

Por una *loquilla*, madre,
de las que bailan la *danza*,

tengo el corazón partido
y hecha pedazos el alma.

Sale Molleja a romper una lanza por Ecija, que ya la cadena del amor lo había aprisionado al solar de su mujer y de sus hijos, y es de almas honradas volver, en cruzada contra la leyenda infame, por el buen nombre de los ultrajados:

Quien diga que fueron siete
miente más que la *Gaceta*,
ni fueron siete los Niños,
ni nacieron en mi tierra.

Desde el 1915 Molleja vive en Sevilla, y la ciudad lo ha embrujado. Pero ¿cómo no, si Sevilla está llena de duendes y don Diego era un poseso de las musas?

Así llega a decir, aunque confesándose creyente, enamorado perdido de la ciudad:

Si a escoger a mi me dieran
entre la Gloria y Sevilla,
y Dios no me castigara,
sin Gloria me quedaría.

Sevilla es la mujer andaluza por antonomasia. No se concibe la ciudad, sino pensando en la gracia irresistible de sus hijas. Y a la sevillana, por mucho que se quiera renegar de la pandereta—yo soy de los que no reniegan—hay que pensarla y sentirla, porque es así, como diosa de la danza. Desde que su nombre nos evoca su imagen, la contemplamos con los brazos trenzando arabescos en torno a su busto cimbreante, y sentimos el repiqueteo de los crótalos que se hacen pedazos entre sus dedos:

A repique de gloria
las castañuelas
suenan entre las manos
de una trianera.

Que, cuando baila,
con cadenas de flores
prende las almas.

Y es tan suya la danza, tan de la sevillana, tan ella misma, que no puede llamarse de otra manera. Sevillana... baile. Sevillana... mujer que lo baila. Y la creación fué de tal fuste, que hubieron de precederle los instrumentos mágicos con que el alma andaluza pregona sus alegrías de mañana de resurrección y explaya sus quejumbres de eternas agonías:

Se hicieron las castañuelas
y se inventó la guitarra
para mujeres de rumbo
que bailan «las sevillanas»

Un piropo. La muchacha ha nacido en uno de los barrios que mejoran con su renombre el prestigio de Sevilla. Y de entre tantas que se llevan de calle a los más tranquilos, es ella por ahora la que trae al retortero a los alborotados y a los pacíficos:

Mocita de San Bernardo,
el cura de tu parroquia
dejó el salero vacío
porque lo volcó en tu boca.

Una postal. El poeta iba camino de Triana, y se ha parado en el puente. Nada quiere ver de tanto como desde allí se divisa, sino lo típico y pregonero de Sevilla. Y en aquel instante se le antoja que descubre a dos garridas rivales; dos hembras castizas que en garbo y gracia compiten por el amante único. La una, más atolondrada y de propicia fortuna, se le mete por los ojos; la otra, más señoril y más hermosa también, orgullosa se mantiene, en espera digna, como la castellana altiva que se recata, aunque le seducen las trovas encendidas. Y el poeta escribe:

Es la Torre del Oro
tan presumía,
que se mira al espejo
de noche y día.
¡Y la Giralda
nunca pudo mirarse
con ser tan alta!

El patio refulgía como alumbrado por los soles de todas las chavalas de la vecindad. Y trascendía a gloria, a gloria de azahar, y de rosas, y de claveles, y de jazmines, y de azucenas, y de mastranzos, y de mil otras plantas perfumadas. Entre el altar de las macetas se alzaba la Cruz tapizada con las flores desbordantes, alhajada de aderezos y luciendo lazos de las sedas más vistosas, bajo un regio dosel de suntuosos mantones bordados, blancos, rojos, azules, amarillos. Ni que decirse tiene que allí hubo música y baile hasta que vino el día. Y que los mocitos pintureros se pasaron la noche cortejando a las chavalas, ahogándolas en más flores que adornaban a la cruz. Y si para muchos fué de ventura, para uno al menos lo fué de tormento. Para Salvador, que llevaba esperando un siglo aquella ocasión, en la creencia de que la emoción de la fiesta ablandaría

el pecho de Isabelilla. Y ¡que si quieres! Por culpa de la maldita fama que lo perseguía. Una leyenda infame, que le achacaba una mocita perdida y una criatura echada al torno. El no se despegó de Isabelilla, derrochando elocuencia y apelando a todos los recursos de la seducción, sólo para ver si le arrancaba una esperanza. ¡Y ni ésto! ¡Ni por la cruz aquella donde muriera el Amor de los amores! La muy cruel se resistió, como si la sostuviera el agravio de la otra. ¡Ella robarle el hombre a una mujer! Pero ¿qué se había creído Salvador? Eso se queda para las mujerzuelas. Y ella —¿a ver si había un guapo que desmintiera ésto en toda Sevilla?—ella era lo que se llama una mujer. Y de la categoría de real moza. Así que Salvador se derretía por sus pedazos, y llegó el pobre a perder la chaveta. Y enajenado, en su desvarío, no hacía más que repetir:

Juntos nos vió una noche
la Cruz de Mayo,
y desde entonces vivo
crucifícao.

Así me tienes,
pidiendo que me quieras
y no me quieres.

Manolillo, con su traje de gala, el de campo, está todo un tipo de los castizos. Y Rosario, con sus percales y su mantoncillo de espuma al talle, y sus zarcillos largos, y su peina, y sus lazos, y sus flores, no digamos. Triana entera se ha echado a la calle, porque unos van y otros despiden a los que van en romería a la Paloma de las marismas. El cuadro no es para pintado, sino para visto. O que lo cuente el que lo viera cuando se haya quedado ciego. Manolillo va de escolta, en la jaca más pinturera que pisara las arenas del Guadalquivir. Escoltando a Rosario, entronizada en una de las carretas de la procesión, la que sigue a la del templete del Simpecado. Y cuando arrancan, fuera de sí de alegría y orgullo, arrimando a *Lucera* cuanto puede, y sacando el cuerpo cuanto alcanza para que no lo huela más que Rosario, le echa este incienso:

Alfrocío mi novia
va en la carreta,
coronada de flores,
como una reina.

Y, cuando pasa,
llueven vivas, piropos,
olés y palmas.

Estampa de serranía. Tiempos de bandolerismo. Acechanzas tras las

jaras y las peñas. Temple de bravo. Alma de caballero. Arrogancia, apostura, majeza. Sombrero calañés de felpa, chaquetilla de terciopelo con caireles de plata, faja de seda encarnada, botones de filigrana en la pechera, polainas y zahones bordados, manta con flecos de madroños, montura jerezana; un trabuco damasquinado de oro y una jaca enamorada de su sombra.

No le conturban las hazañas de Francisco Esteban. «Para guapo él». Y, mientras acaricia a la *Centella*, que está fogosa por salir al campo de estampía, canta, en desafío, este polo:

Cuando mi caballo monto
y me tercio la escopeta,
se acobarda y me abre paso
el rey de Sierra Morena.

Va que vuela. No lo arrebatara el designio criminal. Ni muertes, ni otras infamias en su vida aventurera. La leyenda lo atavía con pródigas hidalgas prendas. Entre señorito y contrabandista, flota en la opulencia de su fantasía. Al paso de su prestigio, deja rendidos de amor los pechos de las hembras endiosadas. Y el arriscado galán siente miedo de que la elegida de su corazón sucumba fascinada como cualquiera otra. ¡Tan fino es el querer que le tiene! Y para que, antes de que su estampa la turbe, le adivine el pensamiento, va cantando, por trochas y vericuetos, esta seguidilla serrana:

En la Peña de Martos
planto mi puesto
de robar corazones
y ojazos negros.
Guarda los tuyos,
que son, serrana mía,
los que yo busco.

El poema de la guitarra. El vate, que va recogiendo los temas perfumados del más limpio linaje popular, como si fuera eligiendo para la diosa de la raza las flores más vistosas y delicadas del vergel andaluz, no podía olvidarse de la guitarra. Además de poeta era músico, poeta dos veces. Poeta, ya se ve, de los que cincelan coplas en láminas de oro. Y músico, ya se verá, de los que *hacen hablar* al instrumento:

Con falsetas, rasgueos
y punteaos,
doy al aire mis penas
y desengaños.

Que mi guitarra
llora, ríe, maldice,
suspira y canta.

Y sigue la fiesta con este *jaleo*:

Lloran rocío las flores;
las cuerdas de mi guitarra,
desengaños y traiciones.

Un requiebro que florece al paso de la garriada moza que baja por los riscos de buscar yerbas olorosas, con la mirada encendida del fuego que en su pecho arde. Y dice la verdad la seguidilla gitana:

La mata que llevas
de verde romero
va diciendo a la gentes que entiendes de amores,
pedazo de cielo.

Carcelera. Lamento que desgarras las entrañas. ¡Quejumbre honda! La inocencia que clama. El amor filial que llora a la madre muerta de amor por el hijo infortunado. El último beso que no se estampó en los yertos labios. El desvío criminal de la amada. Esta es la seguidilla, que pudiéramos llamar de arte mayor:

¡Qué sólo me encuentro!
¡No hay quien me consuele!
En la cárcel metido, con fuertes cadenas,
y soy inocente.
Metido en la cárcel,
la pena me ahoga.
Se me ha muerto mi madre pensando en su hijo,
me olvida mi novia.

Amor más fuerte que la muerte. Y transporte de ternura. Supervivencia en galas que broten del llanto sobre la tumba del amado. Voz y caricia del que eternamente la amará desde el jardín de la vida sin engaños:

Siémbreme claveles
cuando yo me muera,
y con lágrimas que lloren tus ojos
riégame la tierra.

Y lo sumo de los decires galantes, en loor de las prendas de belleza y seducción de la mujer. La encumbra en hermosura hasta el mismo Cielo; y escucha que el eco de la copla de los puros labios ha resonado en la Gloria:

Con ese vestido negro
te pareces a la Virgen
que sale en el Santo Entierro.

—
Morena, canta otra copla,
que están haciéndote coro
los ángeles en la Gloria.

No me reprochéis que vuelva a la Cruz de Mayo, cuando Molleja cultivó para ella en su jardín flores de tan exquisito perfume para más adornarla; cuando era una de las fiestas de allí... y de aquí que despertaban en el alma del pueblo sentires más delicados; cuando el ambiente nos embriaga:

LA CRUZ DE MAYO

¡Cruz de Mayo! ¡Cruz de Mayo!
Patios vestidos de gala
salones son de tu fiesta,
entre mística y profana.

La sevillana te cede
su colcha de desposada,
su pañuelo de Manila,
su tela más fina y blanca.

La noche deja las sombras.
Da paso a la luz que irradia
la techumbre deslumbrante
de color de rica gama.

Y entre piropos y coplas,
y rasgueos de guitarra,
y repique de palillos,
y requiebros y mudanzas,

—¡oh fiesta, bendita fiesta
netamente sevillana!—
AMOR, con flechas de fuego,
agita inquieto las alas.

A su influjo poderoso,
en las juveniles almas
florecen las ilusiones,
renacen las esperanzas.

En los senos palpitantes,

con rojos claveles, sangra
la tragedia de los celos,
herida de la venganza.

Y hay ante tí, Cruz gloriosa,
que el cielo y la tierra abrazas,
ternezas en labios mozos
y en viejos labios plegarias.

¡Cruz de Mayo! ¡Cruz de Mayo!
si un día tu fiesta a caba,
pierde un tesoro Sevilla.
¡Sevilla queda sin alma!

Molleja se ha extasiado un punto al paso de una de esas mujeres, suma de todas las gracias, que del país de los luceros vienen aquí sin verlas llegar, la cual, disimulando sus apariencias de criatura fabulosa de fascinación, va envuelta en un mantón de Manila.

El pañolón de Manila, bandera regional de la andaluza, como la mantilla de blonda enseña nacional de la española, no es una prenda, sino un poema. Filigrana de sedas, música de los colores, jardín de las gracias. La visión de aquel instante, con el cortejo de luces de otros momentos de ensueño, se transporta a una deliciosa sinfonía de palabras.

Todos los primores de la maravillosa labor de la prenda, toda la sugestión de su atavío de las vivas esculturas que lo lucen, todo el prestigio de una historia de rumbo y gracia que guarda entre sus pliegues, están en el definitivo, bellísimo romance de Molleja, digno de las antologías. *El mantón de Manila* no es para leído, sino para recitado por una juncal mocita que se lo ciña al talle breve, y a las redondas caderas, y al pecho turgente, y que asome entre sus pliegues el cuello alabastrino y la faz radiante, como la magnolia surge de su cáliz, y que agite los largos y trenzados flecos con el repiqueteo de su inquieto corazón:

En hombros de una andaluza,
eres, mantón de Manila,
jardín donde las cantoras
aves gorjean y trinan.

Blanco, la más limpia nieve
del Muleyhacén tejida;
rojo, la sangre agarena
tu fleco y tu fondo pinta;

dorado, sol deslumbrante

que tuesta con llama viva
rostros de hermosas mujeres
que tienen color de espigas.

Si canta una malagueña,
ondulas como latina
vela por viento suave
y entre la espuma mecida.

Si baila una sevillana,
los hilos que te perfilan
vierten a chorros sal pura
de gaditanas salinas.

Dosel de la Cruz de Mayo,
tapiz suntuoso que brillas
sobre el alábare alféizar
de la ventana florida:

¡cuántos hondos pensamientos!
¡cuántas memorias benditas!
¡cuántos misterios ocultas!
bello mantón de Manila.

De toda fiesta testigo,
de todo hogar compañía;
al amoroso poema
ofreces calor y vida,

y la Leyenda y la Historia,
y el Arte ante tí se inclinan:
¡que hay páginas de la Patria
en tus guirnaldas escritas!

Eres herencia preciosa,
eres sagrada reliquia;
vas de la abuela a la madre,
vas de la madre a la hija,

y se guardan a tí unidos,
dentro del arca cedrina,
el abanico de nácar
y la española mantilla.

¡Cuántos hondos pensamientos!
¡cuántas memorias benditas!
¡cuántos misterios ocultas,
bello mantón de Manila!

¿El estro poético de Molleja no había de inflamarse con la manifestación de fe religiosa más acendrada y más popular de la comarca donde naciera, si desde niño sus ojos se alegraban y su fantasía se encendía con el desfile por las calles de su aldea (todavía he oído llamar a Villa del Río la Aldea, por los viejos de allí y de Montoro), de la romería que anualmente los montoroñeros organizaban en vísperas del último domingo de Abril, a visitar a la Virgen que anida, reina de Sierra Morena, en la cima del Cerro de la Cabeza? Acudían y acuden aún de muchos lugares, vecinos los más y remotos algunos, hasta de Sevilla, las cofradías de los devotos de la Señora, cabalgatas vistosas por entre bosques de olivos y campos de trigo, a dar culto solemnísimo a la sagrada imagen que Pedro el Apóstol trajo para Eufrasio, cuando el cristianismo se extendía por España, y descubrió, tras la expulsión de la morisma, Juan de Rivas, el pastor tullido y milagrosamente curado. Pero la de Montoro, si no se ha extinguido, desde luego hace largos años que no celebra la tradicional romería. Y esta circunstancia añade un interés histórico al mérito artístico de la crónica rimada de Molleja, en romance heróico, titulada

DE MONTORO A LA VIRGEN DE LA CABEZA

Amanecen los altos alivares,
La ciudad de Montoro se despierta
para gustar los amorosos besos
y las dulces caricias abrileñas
de tibio y claro sol. Sus moradores
vistén el traje de solemnes fiestas.

Un movimiento inusitado anima
las empinadas calles, y comienza
del tambor el redoble prolongado,
que a la curiosa multitud congrega,
y llama a los cofrades. Cien cohetes
silvan veloces y el espacio atruenan;
las muchachas, gozosas, se acicalan;
los mozos y los viejos enjaezan
y ágiles montan sus cabalgaduras;
tremolan, ondeando, las banderas,
y organizada, al fin, la Cofradía,
un fuerte ¡viva! atronador resuena.

Lentos caminan, al compás del parche,
que redobla *la marcha palillera*,
en vistosa y alegre cabalgata,

el mulo falso, la alazana yegua,
 el córcel andaluz de finos cabos
 y reluciente crín, la cordobesa
 burra, que aguanta en su rollizo lomo
 jamugas de nogal—trono de reina—,
 que engalanan la colcha damasquina
 y el rojo banderín de lentejuelas,
 y de torzales recamado. Siguen
 los florecidos llanos de la Vega,
 dejando atrás *El Encinar*, *La Torre
 de Villaverde*, que gentil descuella
 sobre las lomas de esmeralda y oro,
 coronadas de nubes sus almenas.

Con tardo caminar suben y vencen
 de la *Veguilla* la suave cuesta,
 desde la cual, y en extendido prado
 de amapolas, de lirios y azucenas,
 se ve, regada por el claro Betis,
 joven y hermosa la risueña Aldea.
 Entretanto que avanzan perezosos,
 la turba de muchachos vocinglera,
 que del pueblo salió, prorrumpen en vivas
 y el redoblante, alborotada, cerca.
 Entrados ya, los vítores acrecen,
 y la *Hermana Mayora* balancea
 su airoso talle, y orgullosa luce
 lindos pendientes y collar de perlas,
 mantón bordado—de abundante fleco—
 abanico de nácar y peineta.

Un guapo mozo de fornidos brazos,
 de hongo sombrero y de figura esbelta,
 diestro jinete en manejar la brida,
 hábil en quiebros y en correr la espuela,
 recorta y ciñe al alazán fogoso,
 que, al sentirse obligado, hace corvetas,
 ante un corro de bellas aldeanas,
 que aplauden el valor y la destreza
 del apuesto doncel. Otro, sonriente,
 dirige sus miradas indiscretas
 a una *jamona de juncal palmito*,
 de negros ojos y de tez morena,
 y en piropos finísimos agota
 el copioso raudal de su elocuencia.
 Este empina la bota del Montilla



—el vino del fandango y la pelea—
 y sin líquido ya, vuelve a llenarla
 en la antigua y famosa Candioteira
 que conoció a Dupont. El sol esparce
 su meridiana luz sobre la Aldea.
 Claveles, que no rostros encendidos,
 adornan los balcones y las rejas
 de la *Calle Real*.⁷ Silvan cohetes,
 en la Plaza se cruzan las banderas,
 y con pausado andar parte hacia *El Cerro*
 la sin par Cofradía montoreña.

Desde el alegre alborear, Andújar,
 la culta Andújar, se alborozaba en fiesta.

Recibe hospitalaria a los cofrades,
 que, reunidos al pueblo y la nobleza,
 decidores y francos, fraternizan
 y avanzan hacia el puente. ¿Qué paleta
 podrá reproducir aquel conjunto
 con viva exactitud? ¿Qué osada lengua
 no enmudece ante el doble panorama
 que en las ondas del Betis se refleja?
 Una campiña de verdor perenne,
 un espléndido sol de primavera,
 un cielo azul ¡el más azul de todos!,
 al fondo, la feraz Sierra Morena;
 arreos argentinos, pedrería,
 trajes costosos de crugiente seda,
 plumas al viento, vagorosos linos,
 —mariposas de luz— lanzas enhiestas...
 ¡Rico en color, maravilloso cuadro
 que copia fiel *La rendición de Breda!*

Venciendo agosto la robusta cima,
 grave, imponente y majestuoso, eleva
 sus anchos muros el cristiano templo
 que labró la constante fortaleza
 de fieles y entusiastas corazones;
 su recinto de mármoles alberga
 siglo tras siglo la sagrada imagen,
 aparecida en memorable fecha,
 cabe la encina de verdor eterno,
 al humilde pastor de Colomera.

Pleito homenaje y ostentoso culto

rinden allí de separadas tierras,
 llenas de fe, de amor y de esperanza,
 piadosas muchedumbres: se prosternan
 ante el altar de la bendita Virgen
 los hijos de Bailén, los de Baeza,
 los de Andújar, Arjona y Marmolejo,
 los de Montoro... — gente guerrillera,
 a cuya audacia y valeroso empuje
 refrenaron las águilas francesas
 su inacabable vuelo. — Allí rendidos
 el alto prócer, la gentil doncella,
 el labriego infeliz, la pobre anciana
 que abandonó el hogar, sumizos rezan,
 en tanto que a los cielos se remonta
 rauda espiral de embriagada esencia
 perfumada de incienso, de tomillo,
 de alabanzas, de preces de la Iglesia,
 de amor de los más puros corazones,
 y en giros mil hasta el Eterno llega.

Allí, las numerosas cofradías,
 sobre los picos de desnudas crestas,
 encienden en la noche sosegada,
 — para alumbrar la oscuridad intensa
 que se difunde por los grandes bosques,
 en cortejo de sombras — las hogueras
 de roja lumbre que el quebrado suelo,
 recubierto de brezos y maleza,
 pronto transforman, con movibles llamas,
 en amplia, viva y refulgente esfera.
 Allí, el cantar de perdurables tonos,
 allí, el procaz insulto, la blasfemia,
 la ardorosa plegaria y el rasgueo
 de andaluza guitarra, allí se mezclan,
 como se mezclan en la humanamente
 el bien y el mal, lo horrible y la belleza.

Y lentos vuelven, al compás del parche,
 que redobla la marcha palillera,
 en vistosa y alegre cabalgata,
 los hijos de Bailén, los de Baeza,
 los de Andújar, Arjona y Marmolejo,
 los de Montoro, que en triunfal carrera
 cruzan los campos de verdor lozano,
 las anchas calles de la hermosa *Aldea*,



dejando atrás *El Encinar, La Torre de Villaverde*, que gentil desculla sobre las lomas de esmeralda y oro, coronadas de nubes sus almenas.

Y se apaga el redoble de tambores, y el chillar de la turba vocinglera, y el rumor de piropos y de vivas, y los cofrades al hogar regresan, *rallentando e morendo* en las alturas los innúmeros ecos de la fiesta.

La leyenda tentadora ofrece sus tesoros al alma del artista que vuelve los ojos a la Historia, patrimonio de los que en el fondo de su pecho escuchan el eco lejano de la voz eterna de la vieja España. Y entre el tumulto de las hazañas que tejieron la epopeya de la Reconquista, se cincelan los cuentos de amor de las pugnas caballerescas de moros y cristianos, que llenan páginas de oro de nuestro romancero innúmero. Escuchemos éste morisco, de Molleja, de una leyenda astigitana:

JARQUIZ Y MILENDA

A la gran ciudad que ostenta
su límpido Sol por timbre
de perinclita grandeza.

DEL AUTOR.

I. Diálogo entre Milenda y su padre.—II. Soliloquio de Járquiz.—III. Desafío de Járquiz con un caballero cordobés.—IV Muerte de Járquiz.—V. Conclusión.

I

Cabe el río caudaloso
que por el valle serpea,
y el oro arrastra y la nieve
de la granadina sierra,
torre de alábare traza
sus altos muros eleva
sobre la alfombra florida
de la espaciosa ribera.

Del tibio sol de la tarde
la luz indecisa quiebra
sus rayos en los macizos
de la ingente fortaleza;
de topacios y rubíes
el almenaje rodea;
de leves átomos de oro

la estancia suntuosa llena;
tímidamente ilumina
con dulces tonos las grecas
de los pintados tapices,
y el rayo postrero besa
la tostada y reluciente
faz de la hermosa Milenda,
que muellemente descansa
sobre cojines de seda,
y al son de su guzla entona
las reverentes *aleyas*.

—Suspende el canto (le dice
su amante padre). Se acercan
para los pechos alarbes
horas de terrible prueba,
Milenda mía. La astucia
de la imbécil soldadesca,
que en la gran Mezquita Aljama
su estandarte enseñoorea,
con loco y tenaz empeño
y en vil asechanza espera
tomar a *Medina-Esthiga*,
a la refulgente perla
del undoso *Naz-Garnata*,
a la gran ciudad que ostenta
su límpido Sol por timbre
de perínclita grandeza.
Tú no conoces el mundo,
no lo conoces, Milenda.
Tú eres dócil e inocente,
tú eres tímida gacela,
tú ignoras que los chacales
con perverso instinto acechan
en la tendida llanura
de los desiertos su presa.
Júrame, pues, hija mía,
júrame por el Profeta
no dar tu mano a ninguno
de esa turba rufianesca.
—Lo juro así, padre mío,
Nunca jamás tu Milenda
se ha de rendir, que, al amparo
de la musulímica enseña,
dará cien veces su vida
primero que las cadenas

de la esclavitud la fuercen
 a ser de un cristiano sierva.
 Además yo quiero a Járquiz.
 —¿Y él te quiere?

—Me da pruebas
 de ser mi rendido amante.
 Si duermo, mi sueño vela;
 si río, conmigo ríe,
 y si lloro, la tristeza,
 que es del amor fiel amiga,
 su hermosa frente sombrea.
 —No desmiente nuestra raza.
 Su apostura, la entereza
 de su carácter, su ingenio,
 y el gran interés que muestra
 por el esplendor y brillo
 de Medina-Esthiga, aumentan
 su fama, poder y gloria;
 y hasta tal extremo lleva
 sus afanes y cuidados,
 que para gastos de guerra
 ha establecido un tributo,
 que, el que a pagarlo se niega,
 sufre en oscura mazmorra
 las más humillantes penas.

I

Es la alta noche. La Luna
 despliega su blanco velo.
 Medina-Esthiga reposa
 sobre el rojo y gualda lecho
 que de sus fértiles campos
 le brinda el algodónero.
 En el dilatado valle
 reina el profundo silencio
 de los callados sepulcros,
 y sólo se escucha lejos
 de aquel lugar el pujante
 y airoso caracoleo
 del pardo corcel bravío
 que indócil rechaza el freno.

Cabalga orgulloso Járquiz,
 de rico alquicel cubierto
 y de retorcido y largo
 turbante de fino lienzo

la sien orlada, pendiente
del ancho cinturón bello
joyel de perlas que adornan
el puño del limpio acero.

Recoge la suelta brida
y enfrena el corcel soberbio,
que a todo correr avanza
salvando honduras y cerros;
la ciudad cruza y el puente,
traspasa el camino estrecho
que hasta la puerta conduce
del alta torre. Ligero
desciende de su caballo
el soñador sarraceno,
y bajo los ajimeces
que guardan el aposento
de la sin par hermosura,
señora de sus ensueños,
con acompasado ritmo
da tierna canción al viento.

—
Descorre presto la celosía,
luz de mis ojos, que nace el día,
flor de las flores,
fragante rosa de Alejandría,
que ya gorjean los ruisiñores,
Milenda mía.

Si se columpia tu airoso talle,
las bellas flores del fértil valle
gayas se mecen alborozadas;
si tus miradas
tristes fallecen,
doblan el cáliz y desmayadas
morir parecen.

Descorre pronto la celosía,
luz de mis ojos etc. etc,

Tus dientes blancos cual los jazmines,
tus labios rojos cual los carmines
muestra a la aurora,
y abran tus ojos los querubines,
de mi albedrío dueña y señora.

Descorre presto etc.

De la kasida se extinguen
 los adormecidos ecos.
 El cantor sube a caballo,
 el cual corre veloz luego
 desde el puente hasta la torre,
 desde la torre a los cerros,
 mientras que el altivo Járquiz
 exclama con voz de trueno:
 —Los que del Sol ven la cuna,
 los que entre montes de hielo
 dormitan la larga noche
 del polo, los que en el fuego
 de cien volcanes caldean
 su faz, los de rostro negro
 que en la recóndita selva
 moran, los amarillentos
 hijos del Sol, todos, todos,
 ante mi poder supremo
 comparezcan y rendidos,
 y esclavos de mi deseo,
 el justo tributo paguen,
 según yo mando y ordeno.

Y desde el puente a la torre,
 desde la torre a los cerros,
 va altivo el muslime Járquiz
 la alocución repitiendo;
 y en tanto, a favor del raudo
 volar del corcel soberbio,
 la movible y dura sombra
 del soñador sarraceno
 cien y cien veces dibujan
 las claridades del cielo.

III

Un apuesto caballero,
 que de Córdoba salió
 cuando su manto la noche,
 como fúnebre crespón,
 tendía sobre la fronda
 de monótono verdor,
 llega al estrecho camino
 que conduce al Torreón,
 al despuntar por Oriente
 los rayos del nuevo Sol.

En el mismo punto Járquiz
suspende la alocución,
y, dirigiéndose al noble,
con grave y potente voz
y semblante asaz airado,
le dice:—Jamás osó
traspasar este lindero
ningún menguado.
Aquí se paga el tributo
para gloria y esplendor
de la sin par hermosura
que mora en el Torreón,
de Milenda, de la estrella
del Islam.

—¡Oh craso error!
¿Gravar a los cordobeses
con tan dura carga? No.
No puede ser.

—Cumple al punto
la sagrada obligación;
porque, si así no lo haces,
te prometo, ¡voto a briós!,
que entre humildes servidores
marcharás al Torreón,
y ante los pies de Milenda
sufrirás el deshonor
de ser su esclavo y mi esclavo,
si desoyeras mi voz.
(Acerca el caballo el noble,
y su bravo pisador
acerca Járquiz).

—¡No añadas
la vileza a la ambición;
que dentro del pecho guardo
un templo para mi Dios,
la verdad y la justicia,
y el código del honor
en el filo de mi espada,
que siempre, siempre venciól!

De los cortados aceros
brilla el siniestro fulgor,
y de sus ásperos choques
vibra el fatídico son.
Acrece la lucha. Járquiz
acomete con ardor,

mientras su labio pronuncia
 terrífica maldición
 que exacerba al caballero,
 que con ademán veloz
 y golpe certero y rudo
 le atravieza el corazón
 a Járquiz, que, en sangre tinto,
 en tierra se desplomó.

IV

Pasaron siglos. Se hundieron
 del tiempo bajo la rueda
 los recuerdos pavorosos
 de aquella lucha sangrienta.
 Vestigios, que no ruinas
 del Torreón sólo quedan.
 Y cuando la brisa mece
 la fronda de la ribera,
 y en la corriente del río
 con giro suave ondea,
 parece que en blandos ecos
 gime con honda tristeza
 ¡el trágico fin de Járquiz!,
 ¡la inconstancia de Milenda!

MADRIGAL de fondo elegíaco. Pintura sobria de la pena del esposo desamparado. Filigrana de dicción. Ofrenda de ternura en lágrimas de musical congoja.

Pues que ayer contemplásteis su hermosura,
 pues que hoy veláis su muerte,
 ojos, llorad: lo quiere así la suerte,
 que, contrastada, mi dolor apura.
 Cubrid, cubrid de lágrimas la fosa
 donde mi amada en soledad reposa;
 conservad, si podeis, su imagen pura...
 Ojos, llorad, cegando, mi amargura.

Visión que la Mezquita ofrece a un cristiano. Tema difícil. Mas no para el poeta, si su sensibilidad y destreza le dan las notas esenciales de una síntesis acabada:

A LA CATEDRAL DE CÓRDOBA (KASIDA)

Mitad alarbe, mitad cristiana,
se alza imponente la soberana
mansión del Arte: salmos y suras,
dobles arcadas, sacras figuras,
 columnas mil;
fuentes cantoras, bellos altares,
altas palmeras, gratos azahares,
a un tiempo fingén, por raro ejemplo,
harén, palacio, aljama, templo,
 bosque y pensil.

El verso de Molleja corre aquí con la placidez, solemnidad y pureza de los maestros de la lírica, llorando la honda pena de la pleamar de dolor de la Noche de Difuntos; después acelera la marcha, y sale á la dorada luz para bullir ágil en el regocijo de la vendimia.

OTOÑAL

El capuz de la tétrica noche
se extiende y sombrea
los dormidos espacios, velando
su manto de estrellas.
Llora el cielo. Sus lágrimas cubren
la faz de la tierra,
y de troncos sin pompa humedecen
la dura corteza.
So las rotas murallas del feudo
las voces argénteas
de fantásticos seres murmuran
piadosa leyenda.
Del sagrado recinto las luces
temblando chispean,
y en las tumbas de pórfido y bronce,
mentidas grandezas
del orgullo humanal, indecisas
sus rayos reflejan.
Las campanas, doblando, pregonan,
pausadas y lentas,
de la muerte el letal llamamiento
con voz pleñidera.
El hogar se entristece. Los vivos
suplican y rezan

por los seres que fueron, y lloran
 su pérdida eterna,
 y una vez y otra vez las campanas,
 pausadas y lentas,
 de la muerte el letal llamamiento
 pregonan severas.

.

Los ecos se extinguen,
 la luz alborea,
 la fértil llanura
 sus pámpanos muestra;
 los anchos caminos,
 las cortas veredas
 de mozas garridas
 y alegres se pueblan...

.

Los blancos lagares
 se animan. Se entregan
 los mozos fornidos
 a rudas faenas,
 que endulzan los cantos
 de blandas cadencias;
 responden las mozas
 con suaves endechas;
 rebosan las trojes,
 el mosto fermenta
 y Baco sonríe
 su irónica mueca.
 !Qué breve la vida!,
 ¡qué largas las penas!

.

Se extinguen los ecos,
 el día se aleja,
 y el capuz de la tétrica noche
 se extiende y sombrea
 los dormidos espacios, velando
 su manto de estrellas,
 y una vez y otra vez las campanas,
 pausadas y lentas,
 de la muerte el letal llamamiento
 pregonan severas.

La musa se agita graciosamente, siguiendo los vuelos de una mariposa

sa. Leve, delicada, inquieta, la mariposa es palabra, y la palabra música, y la música regalo para la fibra más tierna y enseñanza para el corazón aturdido:

HOJA DE ALMANAQUE

Iris de las flores,
de la sierra gala,
mariposa linda
que en el prado vagas:
vuela, vuela, vuela,
gira, gira rauda.

Las fugaces horas
de tu vida gasta
libando las mieles
de azucenas blancas,
de morados lirios,
de amarillas dalias,
y sobre el brillante
manto de escarlata
de las amapolas,
tus teñidas alas
hallen blanco lecho
so la noche mansa.

Iris de las flores,
de la sierra gala,
mariposa linda
que en el prado vagas:
vuela, vuela, vuela,
gira, gira rauda,
sin libar las mieles
de la verde mata
que es de amor presagio,
nuncio de esperanza,
porque en sus frondosas
y floridas ramas,
mariposa linda,
el romero guarda
muy amargos dejos,
mieles muy amargas.

El buen labriego, de vuelta de la lucha, libre de los afanes mendaces, curado de los males del alma, se convierte a la verdad del amor a la madre tierra. Su vida será entera para su majuelo y para su hogar, para el trabajo y para sus hijos. Hasta que se le acaben las fuerzas, hasta que

se cumplan sus días. Ternura, suavidad patética, serenidad y perfume de huerto escondido; sobriedad y elegancia, fluidez, a la manera de Fr. Luis. Esta es la

BALADA

No hay males del alma
que no cure el tiempo.

La patria nos llama.
Su honor—que es el nuestro—
mancillan, y es justo
gritar: ¡guerra y fuego!

En balde el arrojó
y heróico denuedo
de los españoles.
Los yankis vencieron;
que es ley, ley maldita,
brutal de los hechos
que venzan los fuertes.
Y, ahogando en silencio
palabras de odio
y de ira recuerdo,
la sabia y antigua
sentencia del pueblo:
*No hay males del alma
que no cure el tiempo.*

Termina la guerra.
La paz, que es venereo
de bienes, tesoro
de dichas sin cuento,
devuelve mis brazos
al mísero suelo.
«¡Trabaja!» me dicen
los surcos desiertos,
las matas marchitas,
los árboles secos.
«¡Trabaja!» Y labrando
mi corto majuelo,
feliz con mi sino,
gozoso recuerdo
la sabia y antigua
sentencia del pueblo:
*No hay males del alma
que no cure el tiempo.*

Mi hogar es colmena
sin zánganos. Lejos
de locas pasiones,
de vanos deseos,
trabajan mis hijos,
se educan mis nietos.
Y yo, cuando vienen
las noches de invierno,
cercado de todos,
recito y celebro
sublimes pasajes
del Santo Evangelio.
Y al ver qué gozosos
me escuchan, recuerdo
la sabia y antigua
sentencia del pueblo:
*No hay males del alma
que no cure el tiempo.*

Ya falto de fuerzas,
se inclina mi cuerpo.
La tierra, piadosa,
me ofrece su seno,
diciéndome: «Niño
de blancos cabellos,
ven, ven que eres polvo
y al polvo te vuelvo».
Y en paz con los hombres,
y en paz con el Cielo,
la voz de mi patria
con dulces acentos
repite en mi oído
muy quedo, muy quedo,
la sabia y antigua
sentencia del pueblo:
*No hay males del alma
que no cure el tiempo*



Enseñar deleitando. Y educar por la acción. Ahondar hasta la fuente viva de la energía. Nutrirse de la savia propia. Elaborarse el mundo íntimo. Recrearse o volverse a crear. Doctrinas de siempre y de ahora. Pues leamos esta fábula de Molleja:

APÓLOGO

Hombre acreedor a tal nombre,
para salvar un abismo
busca el recurso en tí mismo,
aunque el consejo te asombre.

Ten este apólogo en cuenta:
ímita siempre a la araña,
que extrae de la propia entraña
el hilo que la sustenta.

Unos sonetos. Temas de elevada alcurnia. El poeta se siente con alientos para cantar lo más excelso. Flor de humanidad, flor de Naturaleza, flor de civilidad, flor de fe religiosa. El verbo se le somete sumiso. Vibra la lira con acordadas y limpias notas. El poema es dechado de corrección. Del principio al fin se desenvuelve con solemne facilidad, con elegancia impecable, con atuendo clásico.

EL VATE

No modula fugaces melodías
con el laud de trovador amante;
que su canto magnífico y brillante
lega a la Historia memorables días.

Verbo creador de excelsas armonías,
fué en Grecia Homero, fué en Italia Dante,
Milton en la isla que circunda Atlante
y en la infausta Salén fué Jeremías.

Sabe el pasado, inquiétale el presente,
conoce el porvenir. Por noble ofrenda
opone a ultraje audaz piadoso olvido.

Y, ufano el corazón, alta la frente,
sigue del mundo la escabrosa senda
con heróico valor, jamás rendido.

NOTAS ÍNTIMAS

Aves canoras que en el casto nido
del tierno pecho, como en cárcel de oro,
vuestro canto suavísimo y sonoro
mi corazón gobierna y su latido.

Aves: dejad que en sosegado olvido,
del mundo libre y de su amargo lloro,
como adora el avaro su tesoro
mi espíritu os adore embebecido.

Elevad de la vida el sentimiento,
del amor la preciada florescencia,
y al Arte un himno de sin par contento.

Yaced en mí. Que vuestra ignota esencia
nunca mancille con su torpe aliento
la impura realidad de la existencia.

AL SOL

EN LA PLAYA DE SANLUCAR

Lejos, muy lejos de la etérea cumbre
donde brilla tu disco refulgente,
vas a hundir en las aguas de Occidente
los postreros fulgores de tu lumbre.

Fija ante tí la alegre muchedumbre
contempla absorta tu espirar riente,
mientras del claro Betis la corriente
se dilata en sonora mansedumbre.

Fresca la brisa, al ondular, perfuma
de la playa los blandos arenales,
que riza el mar como ligera espuma.

Y, entre nimbos de brumas estivales,
finge tu luz, y en la movible espuma,
regio alcázar de perlas y corales.

SEVILLA MÍSTICA

Del Betis gala, en una y otra orilla
se levanta, entre espléndidos jardines
de nardos, azucenas y jazmines,
pasma del mundo, la inmortal Sevilla.

Crea su Sol, que sobre todos brilla,
no ya hermosas mujeres, querubines;
no genios de la artes, paladines
del Misticismo prez y maravilla.

Y por diadema de su augusta frente,
del espacio y el tiempo soberana,
la Giralda, vigía del creyente,
siempre invitando a vida soberana,
cuando alarbe con sura reverente,
con salmos de David cuando crítica.

A LA ASCENCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Tú venciste a Luzbel en su caída.
Por Tí nace a los mundos nueva aurora,
y la Eva, proscrita y pecadora,
hoy es por Tí la esclava redimida.

Luz de la Luz y de los orbes vida,
 templo bendito do el Eterno mora,
 hoy venturoso el Cielo, gran Señora,
 a exaltar tus virtudes te convida.

Rasguen alegres su cendal las nubes,
 abra el Edén sus puertas eternas,
 inclínense a tus plantas los querubes
 y tiemblen los abismos infernales
 hoy que, triunfante y vencedora, subes
 a gozar de las dichas celestiales.

El goce honesto que celebrara el poeta griego. Asunto sencillo. Invitación al placer moderado, advertencia juiciosa para librar el alma de man-cilla. Lenguaje pulcro, versos áticos que se entrelazan con gravedad filo-sófica.

ANACREÓNTICA

Escancia, escancia el néctar
 de delicioso aroma
 y espuma de diamantes,
 criado en la frondosa
 campiña jerezana,
 que el sol radiante dora.

Escancia, escancia el néctar
 sabroso en la ancha copa,
 que, del bullir brillante,
 de sus burbujas, brotan
 hirvientes, en tumulto,
 los ecos de la trompa
 sonante del divino
 cantar de hispanas glorías.

Escancia, escancia el néctar
 de delicioso aroma,
 que, en el brillante borde
 de cien facetas, flota
 quebrada melodía,
 que en la alta noche umbrosa
 el vate castellano
 a Galiana entona.

Escancia, escancia el néctar
 sabroso en la ancha copa
 y goza sus perfumes,
 de sus efluvios goza;
 empero nunca mires
 su sima tenebrosa:

no apures, no, sus heces,
no agotes sus escorias,
que lodo son, y el lodo
mancilla el alma, borra
del Arte los anhelos,
de amor los lazos corta,
y el canto del poeta
convierte en vil escoria.

Molleja se remonta a lo magnífico, a lo heroico. La empresa es de tremendas dificultades; pero hay que acometerla, porque el poeta es de su época y vive con el oído despierto a los grandes acontecimientos históricos, con el pecho abierto a los latidos de las convulsiones sociales. Y porque suben a sus labios con fuerza de explosión las honcas lamentaciones y los acentos condenatorios de los crímenes de lesa humanidad. Corren los días eternos de la Gran Guerra. Y el poeta, atribulado, se apodera del tema y compone una oda. Abominación inapelable de la lucha, invocación suprema al reinado de la Paz; y pintura enérgica de los horrores y de los modos nuevos del combate terrorífico. Con inspiración ardiente que avivan las circunstancias; con acento y lenguaje que cuadran al asunto. Está a la luz del medio día su ascendencia herreriana.

ODA

Pueblos y razas que, en la lid sangrienta,
del odio, el rencor y la venganza
armas forjais para vencer. ¿Qué afrenta
podrá igualar a vuestra afrenta horrible?
¿Qué fuerza irresistible
refrenará la bárbara pujanza
que a vuestro pecho y pensamiento inclina
a luto y llanto, a destrucción y ruina?
¡Vano el clamor! Inútil la esperanza
de contener las sórdidas pasiones,
las locas ambiciones
de razas y de pueblos diferentes,
pacíficos ayer, hoy combatientes
de una lucha infernal de riesgo tanto,
que al mundo llena de terror y espanto.
Dueños del seno de la madre Tierra,
de la etérea región dominadores,
de los mares sin límite señores,
febriles por saciar la sed de guerra,

hacen, henchidos de ira,
del Viejo Continente inmensa pira.

Y de entre el toque del clarín guerrero
y el rechinar del fatigado acero,
en uno y otro bando,

ronco rumor potente resonando,
como rugir de desbordado río,
se escucha sin cesar: ¡el mundo es mío!

¡Oh razón de la fuerza, cuántos males
padecen por tu causa los mortales!

¿Ley? Ya no hay ley; que la razón de Estado
y el derecho de gentes han dejado
de garantizar la paz. ¡La paz bendita!

Ella al trabajo cotidiano invita.
La ansiada paz, escudo del caído,
a la virtud rindiendo vasallaje,
opone la clemencia al vil ultraje
y a la calumnia, el generoso olvido.

¡Paz! Ya no hay paz. De guerra al grito insano,
desde Bélgica al Cáucaso lejano,
se oye el recio silbar de la metralla,
que estalla a un tiempo mismo
en la altura, en la tierra, en el abismo,
veloz hendiendo la carnal muralla
bajo el impulso de Luzbel, nefando,
y la muerte do quiera va sembrando...

¡Oh Musa, dolorida!,
llora la humilde aldea derruida,
y el miserable escombros
de la que fué ciudad del orbe asombro.

Vierte copioso llanto
sobre el vestigio santo
del templo del Señor, sobre la fosa
do la extinguida juventud reposa.
Ampara a la viudez, presta consuelo
al infelice que en extraño suelo
la ausencia gime de la patria amada,
y a la madre sin hijo, desolada.

¡Paz! ¡Ya no hay paz! El eco tremebundo
desciende hasta el profundo
caos del mal, en los espacios crece,
y el rudo combatir se recrudece.
Ved por vastas comarcas extendidas
milicias aguerridas

cual sierpes monstruosas
de metálicas fauces anchurosas;
ved eclipsando el Sol fingidas aves,
y removiendo el mar ocultas naves,
que, en trance decisivo,
rival contra rival se precipita,
y por el cráter vivo
lluvia de fuego, torrencial, vomita
con pavoroso estruendo,
mientras cual mies segada van cayendo
seres y seres, para el bien nacidos,
al mundo del no ser restituídos.
Y, al retemblar la esfera,
huye, espantada, del cubil la fiera,
lanzando lastimeros alaridos;
el águila altarena,
rápida, deja la región del viento;
en la cárcel del líquido elemento
el colosal cetácao se estremece.
¡Todo se agita en un girar sin nombre!
¡Todo camina hacia el morir! ¡Parece
que el hombre es fiera y que la fiera es hombre!
Yerran las ciencias, se oscurece el Arte,
los ramos del saber, de polo a polo:
enmudece Minerva, calla Apolo,
y en su trono imperial domina Marte...
 ¿Has de seguir, hermano, en tu demencia,
de tu prójimo siendo el enemigo,
sordo siempre a la voz de la conciencia,
el más severo juez y fiel testigo?
 ¿Es fuerza, ¡oh dura suerte!,
que de Caín la mano fraticida
en máquinas de muerte
los tesoros convierta de la vida?
 Ven, ángel de la paz. El labio sella
del luchador con ósculo amoroso.
Triunfante y victorioso,
recubre con tu planta la honda huella
por el hierro y la sangre señalada;
haz que se trueque la temida espada
en útil instrumento,
cooperador del hombre y su sustento.
¡Caigan al suelo en polvo convertidos
de Marte los altares!

Vencedores depongan y vencidos
 sus odios seculares
 en fraternal abrazo confundidos,
 y, embargadas las almas de contento,
 alcen la vista al arco esplendoroso
 trazado por el Todopoderoso
 en el limpio cristal del firmamento.

Artista del lenguaje, ¿cómo no había Molleja de consagrar uno de su poemas al idioma, el divino instrumento de su creaciones? ¿Y cómo no alzarse hasta la figura sublime que simboliza el genio de la raza? Era el supremo esfuerzo, y ello reclamaba un alarde de dominio, de técnica, y no añadido que de buen gusto, porque, como ya se ha visto, el más refinado luce en todas sus poesías.

Recuerda que Juan de la Cueva había enseñado:

El verso suelto pide diligente
 cuidado en el ornato y compostura,
 en que vicio ninguno se consiente.

Porque como la ley estrecha y dura
 del consonante no le obliga o fuerza
 con ningún atamiento ni textura,
 la elegancia y cultura en él es fuerza
 que supla la sonora consonancia,
 con que el verso se ilustra y se refuerza.

Y como se siente capaz de lo que el verso suelto pide, y la ocasión memorable lo inquieta, y no puede callar cuando tantas voces se alzan con loores al numen poderoso del Príncipe de los Ingenios, escribe de la maravillosa fábula sus

IMPRESIONES DE "EL QUIJOTE"

¡Oh, libro de los
 libros españoles

I

¡Oh, sin igual esplendoroso alcázar
 de la española lengua, donde moran,
 —del hombre y su existencia soberanos—
 la eterna risa y el dolor eterno!

Como en los prados del abril florido
 brinda la abeja saborosas mieles
 y al punto clava su aguijón punzante,
 así en tus folios, de castiza prosa,
 manjar apetitoso el labio apura,

en tanto que el rigor de las sentencias,
que en ellos fija el vigoroso estilo,
hiere en el alma cual agudo dardo.

¡Ay, cuantas veces, en mi larga vida
lloré con llanto inacabable y rudo
la locura del cuerdo! Y ¡cuántas, cuántas
reí con franca risa atronadora
la cordura del loco! Desde niño
viven en mí los portentosos hechos,
los combates y extrañas aventuras
que en tus vívidas hojas se relatan.

Cuando el juicio y la razón dormitan,
y torpe el pensamiento ahondar no puede
las cultas frases y períodos pulcros
de la genial y peregrina historia,
ya se espaciaba con plumaje de oro,
«por el antiguo y conocido campo
de Montiel», mi ardorosa fantasía.

Y ser creía caballero andante:
casco y celada, la sencilla gorra
de mal papel y pico prominente,
lanzón enorme de acerado filo,
el coroto sable de fibrosa caña;
y, en el extremo de carrizo endeble,
la de color poligonal estrella,
sus puntas dando al ondear del viento,
semejaba las aspas del molino.

Diestro jinete en el escueto palo,
más corredor que el mismo *Rocinante*,
—de la razón y la verdad a espaldas—
ya en el ardor de mi infantil empresa,
las parras de mi patio, los cipreces
del cementerio de mi humilde *Aldea*,
los álamos que guardan las orillas
del claro Betis, los extensos hilos
que en brillante pentágrama transmiten
todo el comercio de la humana vida,
los transformaba mi ilusión creciente
en endriagos, vestiglos y follones,
grandes duques y andantes caballeros,
que, al fuerte golpe de mi recio brazo,
lanza en ristre, cobardes y rendidos,
caían a mis piés, y me sentía
—dulce mentir de mi exaltada mente—
de todos ellos triunfador famoso.

¡Oh, edad feliz! ¡Oh, infancia halagadora!
¡Oh, de *El Quijote* bienhechor recuerdo!

II

Hoy, que la triste realidad abate
mi espíritu, inclemente, y que, anheloso,
«con ansias vivas, con mortal cuidado»,
sediento busca del saber la fuente,
sólo en tí encuentra venturosa calma,
blanda caricia, punzador misterio...

Al inquirir, en inquietud constante,
los profundos secretos del enigma
que en tu fondo purísimo se esconde,
¿por qué—pregunto, en las felices horas,
en que al abrirte, prodigioso libro,
abismado el sentido en tu lectura
y ávida el alma de supremos goces
a la región de lo ideal me elevas?;
¿por qué—pregunto con tenaz porfía,
si aseguras de modo indubitable
los fines del autor, y realizados
viólos la Historia y vieron las edades
bajar al fondo de ignoradas fosas
a *Palmerín de Oliva*, a la *Segunda
del Salmantino* y a *Amadís de Gaula*—
gozas de eterno universal renombre?

Y a mi ferviente invocación, rasgando
las caóticas sombras de la duda,
sacra beldad de juvenil semblante
lleva a mi alma el sonoro acento
con las estrofas de su grave himno:

Ciño mi frente de perenne lauro,
gusta mi labio de agridulce néctar,
y en mis altares su oloroso incienso
quema el Olimpo.

Yo, si la vida, con aleve clava,
llena afanosa de dolor mi pecho,
dócil al yugo de la dura suerte,
río llorando.

O si, elevando la dorada copa,
goces eternos su licor me brinda,
libo las heces con horror vitando,
lloro riendo.

Yo las edades sigilosa burlo,
y, si los genios mi favor zahieren,

hunde su fama mi letal mutismo:
¡soy la Ironía!

¿Quiérese otra muestra, y gallarda también, de su maestría en el manejo del verso suelto? Hé aquí los magníficos trozos de un mármol péntico. Sobriedad, pureza, dignidad, elegancia. Creeríase versión pulida de un latín clásico.

LA ESTATUA QUE LLORA

Sobre gallarda basa de granito
se alza la esbelta escultural figura
de insigne campeón. Egregio artista
concibió, al modelarla, el loco empeño
de competir con las famosas obras
de Fidias, el maestro soberano.

Dió a su mirada audacia, a su semblante
dura expresión, a su actitud la inquieta
marcial postura del que atento aguarda
con impaciencia que el clarín guerrero
vibre estridente y a la lid convoque;
saliente el pecho, la cerviz erguida,
la mano asida al puño de la espada,
quiso simbolizar el estatuario
en aquella creación severa y ruda
de un pueblo belicoso las proezas.

Es fama que en pretéritas edades,
congregados allí nobles y ancianos,
henchida el alma de entusiasmo, honraban,
recitando romances y canciones,
del gran caudillo los gloriosos hechos.
Mas, ¡ay!, que el tiempo, destructor contante,
aniquilando va con fiera saña
valor y aliento. Los varones fuertes,
que antes alzarán sonoras voces
para ensalzar las cívicas virtudes
del héroe celebrado, ya no existen.

Borróse su memoria, y en la tumba
cayó con ellos el mortal olvido.

Crece el césped al pie del monumento,
circúndanle en redor plácidos sauces,
y la frondosa yedra y atrevida
escala el pedestal, la estatua ciñe
y se entrelaza en su espaciosa frente;
puro el sol que alumbró victorias tantas

de luz corona las bronceínas sienas,
 cual nimbo brillador, y del rocío
 las purísimas gotas van cayendo
 sobre las secas órbitas, que truecan
 —¡oh de los siglos poderoso influjo!—
 su dureza y audacia en dulcedumbre.
 Y el pueblo, al contemplar estas mudanzas,
 fiel guardador de añejas tradiciones,
 dice, admirado, que la estatua llora.

.

No es para maravillar que acertara con el verso suelto, de manera tan acabada, cuando, como él recordaba donosamente, se había dado a conocer con una composición «nada menos que en verso libre». Así, resueltamente, sin tanteos. Vuelvo, pues, a los principios desusados de mi poeta, que no me perdonaría la falta de este laurel en su corona, ni podía remontarme, por mis débiles alientos, al empezar el panegírico, a la cumbre más eminente del elogio. *Tu Musa* es canto augusto a la Egabro inmortal de Valera; defensa elocuente, en los términos más ejemplares, del severo canon del clásico decir; y profundo treno arrancado de la entraña patriótica en el ocaso de un imperio. Soberbio lenguaje de español de raza.

TU MUSA

Al poeta V. Toscano
 Quesada.

Nunca imprudente mancilló tu labio
 la sentenciosa, dulce y grave lengua
 del Manchego inmortal.
 De clara estirpe
 te formaron los rayos brilladores
 del fecundante sol del Mediodía;
 los copos virginales que coronan
 la venerada cumbre, templo y trono
 de la Madre de Dios, trocarse vieron
 sus senos de cristal en rico manto;
 las de purpúreo y encendido cáliz
 flores que cría el egabrense suelo
 circundaron tu sien, ¡oh egregia musa!,
 y viviste feliz cantando alegre,
 hollando bulliciosa los senderos
 de perenne verdor, aprisionados
 en las corrientes cristalinas aguas

que fingen en su limpio y claro fondo,
 como un cuadro viviente, las beldades
 que Valera trazó con firme mano;
 y, en sus murmullos de sin par contento,
 los místicos arrobos y las cuitas
 del apuesto doncel don Luis de Vargas.
 «¡Inspiración, inspiración!», clamaste
 con vívido anhelar; y el aura leda,
 sumisa a tu laud, dócil conmueve,
 en apacible y rumoroso ritmo,
 la fronda extensa, y de tu lira brota,
 con irónico son, festivo canto
 que, en protesta suave, se desliza
 contra los hijos del moderno arte,
 que, altivos, truncan el severo canon
 del clásico decir; en su delirio
 manchan el lienzo con los tonos grises;
 olvidan de la línea la belleza
 que el sabio griego, en inmutables leyes,
 a la escultura dió; y, entusiasmados
 con las tempestuosas armonías
 de atronador metal, luchanilosos
 para mostrar un dilatado abismo
 entre el tiempo pasado y el presente.
 ¡Oh gran poder de los flamantes dioses!

«¡Inspiración!»... y en luctuoso día,
 no ya con cuerdas de vibrante acero,
 con las fibras sensibles arrancadas
 al fondo de tu ser, Musa española,
 de tu patria lloraste los dolores,
 y *el déspota gigante*, el ambicioso
 que, hipócrita, clamaba: «¡Paz al mundo!»,
 en tanto que el acero apercibía
 a horrendo, injusto, desigual combate,
 y *el vil esclavo que adoptó por hijo*,
 con amoroso afán, la noble Iberia,
 juntos sintieron del terror las ansias
 ¡al contemplar en sus sombrías frentes
 del pérfido Caín el rojo estigma,
 que su orgullo abatió...!

Vate, no temas
 que en tus hondos pesares te abandone
 ni en las horas de plácida ventura
 no se acuerde de tí tu dulce amiga;
 ella perdura en tus sonoros cantos;

y cuando el tiempo, en su veloz carrera,
 apague de tu voz los dulces ecos,
 ella, piadosa, ceñirá a tu frente
 la corona inmortal de bellas flores,
 selecta gala de la Egabro hermosa;
 y, en testimonio de tus altos triunfos,
 tu nombre escribirá, con letras de oro,
 en el cenit, donde eternals brillan,
 del arte hispano en la glōriosa esfera,
 los de Quintana, Moratín, Herrera.

He dejado para el final tres, muy notables, de sus excelentes composiciones, para regresar con don Diego a Córdoba y a su pueblo, a la espera de la paz definitiva, a reposar de la caminata de esta tarde y de toda su vida por los campos que cultivó.

Córdoba glorifica a uno de sus genios,

*«Sol de la raza,
 »flor de los cielos de Andalucía».
 «Góngora, Príncipe de la Poesía».*

se alza, soberano del Parnaso, entre el concurso de los eximios vates que lo celebran.

«Refulja el nombre del gran poeta»

resuena de Sol en Sol, y el eco hechicero enciende los entusiasmos, aviva la inspiración de los elegidos, levanta la elocuencia de sus voces hasta el empíreo. Y allí se escucha, magnífica, la de otro cordobés, que canta con la dignidad y sabiduría que la ocasión pide.

A LA MUSA DE DON LUIS DE GÓNGORA

I

Venid, venid, camelias oreadas
 por el latino mar, flores sutiles
 que naceis cabe el hosco Gibralfaro
 para mejor lucir vuestra hermosura;
 jazmines del Alhambra ensoñadores,
 constelación que al cielo de las fuentes
 daís romances, leyendas y kasidas,
 mientras, en ritmos de quebrados aires,
 los surtidores cantan la amargura
 del Rey Boabdil, y el clamoroso hosanna
 del pueblo vencedor, ante sus reyes;
 claveles pasionales que, ora ufanos,

ora en gemidos trágicos, las cuitas
de la Madre de Dios llorais, y a un tiempo
a la hispalense modulais amores;
azahares, venid, los que en la falda
de la mística sierra dais al Cielo
—unido a la oración del eremita
ante la cruz, corona de la cumbre—
no ya perfume, incienso sacrosanto;
venid, que «flor de maravilla» os llama,
y, en guirnaldas de pétalos y cálices,
a la Musa prestad tejida alfombra.

II

Nimbe tu frente el sol de las Españas,
tus sienes ciña fúlgida diadema
de preseas magníficas, cedida
por la que fué imperial corona, y luego
regía en la férrea diestra del segundo
Felipe, memorable entre los reyes,
a quien, ¡oh egregia Musa!, dedicaste
histórico joyel de su reinado
y fábrica de traza asaz severa,
que, al conjuro del cetro poderoso,
sumiso Herrera, levantó a las nubes,
¡de Iberia orgullo, humillación de Francia!

Eleva, ¡oh Musa!, el verbo soberano
de la elocuencia a la región, y admira
de Monfort y de Lepe las grandezas:

«Llegué a este monte fuerte, coronado
de torres convecinas a los cielos,
el tiempo ví a Minerva dedicado,
de cuyos geométricos modelos,
si todo lo moderno tiene celos,
tuviera envidia todo lo pasado...»

«A los campos de Lepe, a las arenas
del abreviado mar en una ría,
extranjero pastor llegué sin guía..
Muro real orlado de cadenas,
a cuyo capitel se debe el día,
ofreció a la turbada vista mía
el templo sacro de las dos sirenas».

Unan salterio y arpa los marciales
acordes a la par que religiosos,
y en el empíreo escuche extasiado,
milite santo, el gran Hermenegildo:

«Príncipe mártir, cuyas sacras sienas,
 aun no impedidas de la real corona,
 la fiera espada honró del arriano;
 tú, cuya mano, al cetro sí perdona,
 no a la espada, que en ella agora tienes
 digna palma, si bien heróica mano.
 Conozca el carro helado,
 ¡oh católico sol de vise-godos!,
 la espada que te ha dado
 vida a tí, gloria a Betis, luz a todos».

¡Oh quien no siente estremecida el alma,
 el orgullo abatido, y la conciencia
 contra el vicio clamar y las pasiones,
 cuando del caos en las honduras vibra
 el funeral clarín, profético,
 y horrísono, ¡ay Señor!, y apocalíptico...!
 «Urnas plebeyas, túmulos reales
 penetrad sin temor, memorias mías,
 revolved tantas señas de mortales,
 de huesos secos y cenizas frías.
 Bajad luego al abismo, en cuyos senos
 blasfeman almas en su prisión fuerte,
 hierros se escuchan siempre y llanto eterno,
 si queréis, ¡oh memorias!, por lo menos,
 con la muerte libraros de la muerte,
 y el Infierno vencer con el Infierno».

I I I

¿Qué importan elegancias peregrinas,
 figuras (¿en desorden...?) ordenadas
 al bien decir, por tu «genial ingenio»,
 —sol del ayer, oriente de un futuro—
 y a nuestro idioma dar el cuatrilingüe,
 —del arte ornato—singular soneto?
 Libe tu abeja el néctar agridulce
 que a los genios otorga la ironía,
 y clave el aguijón en el cobarde
 que mancilla su fama y sus laureles
 por mancillar la fama y lauro ajenos.
 ¡Opón a ultraje audaz piadoso olvido...!

Mira, ¡oh excelsa Musa!, hacia «Colombia».
 Desde los Andes viene al Guadarrama
 —precursor del «Plus-Ultra»—el gigantesco
 cóndor que bate, en trémolo sonoro,
 «marcha triunfal» de renovados ritmos

e ideario nuevo. Los espacios hienden
«claros clarines», altos pregoneros
de abrazo fraternal entre dos mundos.
Y llega a tí, que eternamente velas
del perínclito Góngora la tumba,
a posar en tu sien las tensas alas,
que ante los hombres son y ante la Historia
¡airón!... ¡coronal!... ¡cisnel!.. ¡cruz!... ¡bandera!...

Ocaso de la existencia. Serenidad de espíritu tras de las borrascas mundanales. Elevación tranquila sobre lo terreno. Adiós sosegado a las turbulencias de la vida. Alegría de arribada cierta a puerto seguro, del gozo de paz perpetua.

Versos pulidos, estrofas difíciles; poema de ática elegancia:

CANCIÓN A LA ANCIANIDAD (DEL BIEN NO HALLADO)

¡Ay! Ya la recia tempestad no ruge,
olas lazando de furor nutridas;
ya no difunde la tenaz tormenta
triste presagio.

De la azarosa juventud no vive
torpe la cuita del placer funesto,
ni los halagos de pasión nefanda,
nuncio de males.

Ven, amorosa, senectud fecunda,
dulce gemela de niñez riente,
noche apacible de estrellado cielo,
sueño de gloria.

Que, reclinado so la blanca vela
de mi barquilla, jubiloso miro
mar en bonanza, reluciente faro,
puerto seguro.

La emoción fluye del venero de ternura inexhausta de la vida en la cuna del regazo materno, del hogar de los padres, del pueblo natal. Y corre mansamente inundando el corazón de melancolía, velando la voz con tono de tristeza, derramándose en lágrimas de memorias tétricas. Pensaríamos que el poeta lanza su canto del cisne.

Décimas rotundas, cinceladas, de armonía innumerable:

LA CANCIÓN DE MIS AMORES

Cantad, cantad, ruiseñores,
rimando arpegios, gorgoros,
trinos, píos y aleteos,
la canción de mis amores,
la de campestres dulzores,
la que es por sencilla bella,
la que entre todas descuella,
desde el ciprés de la Ermita
do está la imagen bendita
de la Virgen de la Estrella.

Ya el acento sonoro,
mensaje del viento blando,
los álamos agitando,
gima en el Betis undoso,
y en murmullo quejumbroso,
porque el sufrir mayor sea,
llegue a Sevilla, presea
del Arte, do, en tierna lira,
triste el poeta suspira
la nostalgia de su Aldea.

Cantad los felices días,
—¡ay, por felices, fugaces!—
como testigos veraces
de infantiles alegrías.
Cantad gratas melodías
con acento no aprendido,
que recreen el oído,
ya que en este cautiverio
lloran notas de salterio
los ecos del bien perdido.

Cantad, cantad, trovadores
del campo la cantilena
que brota en la vega amena
del suspiro de las flores.
Sus tonos multicolores
con lenguaje de candor,
de inocencia y de pudor,
nos dicen que es el vivir,
desde el nacer al morir,
relámpago brillador.



Extended el raudo vuelo
sobre los altos trigales
y espesos cañaverales,
llegad al manso arroyuelo
espejo claro del cielo;
y, cabe el árbol en flor,
que embalsaman con su olor
el romero y el tomillo,
rimad con el jilguerillo
dulces endechas de amor.

Suspended vuestro volar
como agitado latido
de corazón dolorido,
y cese un punto en mi hogar.
Melancólico cantar,
página fiel de mi historia,
rimad allí a la memoria
de lo puro, de lo eterno,
del sublime amor materno
que brilla con luz de gloria.

Y el gañán en la besana,
y la alondra mañanera
—cantora de la ribera—,
y la moza en la solana,
y el chorro de la fontana,
y el suspiro de las flores,
al par de los ruiseñores
concierten la canción bella,
la que entre todas descuella,
la canción de mis amores.

* * *

¿Es digno Molleja del aplauso de los cultos, del lauro del triunfo, de la luz de la gloria? La excelencia de su obra ciertamente no puede perecer en la fosa del olvido. Para mí sus poemas están entre aquéllos que Horacio reputaba merecedores de ser untados con aceite de cedro y dignos de guardarse en armarios de ciprés. Pues, si no anduviera extraviado, por los velos que el afecto corre siempre ante los ojos, pido para ellos unas páginas de honor en las hojas de nuestra revista. Y como don Diego fué maestro—por cierto salido de la Normal cordobesa—, y ha muerto de dolor de haber dejado de ser Maestro, pido también para el Maestro un homenaje.

Muy pronto, en Villa del Río, se abrirán unas escuelas nuevas en magníficos edificios. Él soñaba en acudir allí el día que se inauguraran, con el presente de sus versos, y a dirigir el Himno a su pueblo, para el que había compuesto letra (1) y música; para ofrendar a su *Aldea*, en la solemne ocasión, lo más rico, y puro, y sublime de su sentir. Los hados no han querido que esta ilusión colmara su pecho del gozo que torna al anciano en niño. Pero yo creo, y ahora con persuasión más arraigada, que el nombre de Molleja tiene que brillar allí, por títulos legítimos y numerosos.

Su pueblo le debe un homenaje adecuado a sus actividades, una memoria perdurable de su vida y de su obra, una ejemplar dedicación definitiva. En suma, señores académicos, se me ocurre, y lo deseo fervientemente, que la escuela nueva de Villa del Río, la dedicada a niños, se consagre al hijo ilustre de *la Aldea*, que él llamaba, el cual consumió sus días cantando bellezas y virtudes, y enseñando a los muchachos los arcanos de la cultura y los mineros de la bondad. Y os pido para terminar, y solicito rendido de vosotros, que sea esta Academia cordobesa quien proponga al Ayuntamiento de Villa del Río el acuerdo de fijar en la fachada del edificio respectivo un mármol con esta inscripción:

ESCUELA NACIONAL GRADUADA	
DE NIÑOS	
POETA MOLLEJA	
VILLA DEL RÍO	SEVILLA
1861	1932

HE DICHO.

(1) Gala del Betis,
risueña Villa,
pueblo bendito
donde nací,
quiero ser bueno,
quiero ser sabio,
para ser hijo
digno de tí.

Quiero ofrecerte de ciencias y artes,
de inventos e industrias copioso caudal,
hacer de tu suelo jardín delicioso
y alzar en tus muros soberbia ciudad.

Ser parte en las altas empresas de España;
unir a su nombre el nombre inmortal,
llevar en mi pecho la fe inquebrantable
y ungida mi frente con noble ideal.

Gala del Betis,
etc., etc., etc.

APÉNDICE

Considero de sumo interés la publicación aquí de una carta que don Diego Molleja me dirigiera a la hora de la selección de sus composiciones para la Antología de poetas cordobeses que preparaba yo. En la crítica de la propia obra, la conciencia del mérito logrado, aún cobijada por la modestia, se enturbia con la tristeza de no gozar plenamente de la aureola de la fama. Sus palabras tienen la autoridad de una amplia cultura literaria, la imparcialidad de unos juicios serenos y contrastados y el prestigio de los reflejos de un gusto exigente.

Decíame así (sin poner fecha): «Muy estimado D. José: por el afecto que U. me profesa, ha llegado a concederme el título de maestro de crítica literaria. Indocumentado para tales trabajos, no debí dar mi cuarto a espadas durante la colaboración a que fui invitado por espontáneo llamamiento, para mí muy honroso, y que me obligó voluntariamente a excederme a mí mismo. Mis funciones debieron ser tan limitadas como limitado es el campo que puedo recorrer en esta materia. Me declaro convicto y confeso del crimen de lesa literatura, y solicito el indulto, en gracia al deseo de complacer a U. y al amor a las letras cordobesas. A difíciles pruebas me he sometido libremente, y ahora a la más dura de todas, la de ser comentarista de mis poesías.

»A la vista del material remitido y con las demás composiciones que completan mi obra, mariposeando por el estéril prado donde cultivé y cultivo muy modestas florecillas, recolectaré algunas que, de haber crecido lozanas y bellas, podrían formar un lindo ramillete, digno de la antología. Las que reuno con tal fin pueden constituir dos grupos: florecillas silvestres (cantares populares) y flores de estufa (poesías académicas). En las primeras voy de lo meramente local hasta lo patriótico, pasando por las de sabor cordobés, provincial y regional. A partir del *Mantón de Manila* y de la *Balada*, que son lazo de unión entre unas y otras, las demás pertenecen al segundo grupo. Entre la *Balada* e *Impresiones del Quijote*, incluiría yo la *Oda*, que es tema mundial, según se dice en nuestro tiempo.

»Acerca de la *Balada*, de la *Oda* y de la *Impresiones del Quijote*, me voy a permitir algunos comentarios. Con paciencia benedictina léalos, amable amigo, que son curiosos e interesantes. Ellos prueban que «unos nacen con estrella y otros nacen estrellados».

»*Balada*. En buen castellano es una letrilla. La denominación balada corresponde a la moderna nomenclatura, traída de las literaturas del Norte.

»El intento (siempre en mí el intento y nunca la bella realidad), el intento, repito, fué compendiar en una poesía de metro breve, más breve aún que la seguidilla (para apartarme de los imitadores de Grilo), el pensamiento español en la meditación de la heroica derrota de Santiago y Cavite, y su reacción después del trágico suceso. Invitado por una sociedad obrera que había de celebrar una velada literaria en el teatro de Ecija, para corresponder a la cortesía compuse la *Balada*, bajo la amarguísima impresión de aquel infausto acontecimiento y sus consecuencias. Mi poesía no llegó a leerse; porque a la fiesta había de concurrir con trabajos en prosa mi..... y éste opinó que, tratándose de individuos que militaban en el campo republicano, debíamos disculpar nuestra ausencia. Confieso que a los promovedores de la velada no les guió más móvil que el de honrarnos ante el público, para probar que había educadores en España que conocían los problemas pendientes de solución. Amigo de alguno de ellos, sabía yo y conocía de antemano los trabajos de los obreros, los cuales trabajos todos se referían al magno y palpitante asunto. La idea política ni remotamente se esbozaba; pero el retraimiento de... fué seguido por mí.

»Después de esto, decidí mandar a Toscano, que ya estaba en Córdoba, la poesía para su inserción en el *Diario*. Y mi buen amigo cumplió tan bien el encargo que la entregó acéfala... La primera estrofa, que es la llave, no se publicó. Ahora se dará U. cuenta de que el comienzo, tal como figura en las columnas del periódico,

Termina la guerra...

pide algo que se consigna. La protesta cálida y vibrante que se levantó de todo pecho español contra el pueblo, que, artero e hipócrita, nos llevó a horrendo, injusto y desigual combate; esa protesta y la vergüenza que ese mismo pueblo había de sentir después de su pérfido proceder; esos extremos abraza la primera estrofa. Ahora va íntegra.

»Intenté contener dentro de una letrilla todos los problemas *novecentistas*, y hasta me arriesgué a hacerme yo mismo una sentencia popular, parafraseando la que reza: *el tiempo todo lo cura*.

»¡Vaya la bendecida prenda de mi alma al florilegio! ¡Vaya íntegral

»*Impresiones del Quijote*. Disponíase la España intelectual, por una

de las *ideicas* de Mariano de Cavia, —si la memoria no me es infiel— a la conmemoración del más fausto acontecimiento de nuestra historia literaria, el tercer centenario de la primera edición del *Quijote*. Córdoba respondió a este llamamiento, y, si mal no recuerdo, se celebraron tres veladas en el Círculo de la Amistad. Allí se leyeron trabajos referentes al magno asunto. Los desconozco.

»Por mi parte, pretendí unir mi voz a la de todos mis compatriotas, y compuse la poesía *Impresiones del Quijote*, de la cual ha tenido U. a bien elegir acertadamente el primer fragmento. Sus dos partes forman muy visible contraste. Remitida al *Diario* en tiempo oportuno, vió la luz pública dos o tres días después de terminar las fiestas. ¡*Trasnochada!*

»Si esta poesía hubiera llevado al pié la firma de un Manuel Reina, de un Blanco Belmonte... y su autor, de frac o de smoking, la hubiera leído ante el selecto auditorio de aquellas veladas, acaso hubiera alcanzado notoriedad; pero la selló mi pobre nombre y pasó como pasan las obras de los humildes.

»Ciertamente el intento va más allá de lo que a primera vista puede juzgarse. De la audición o de la lectura de la novela inmortal, el niño y aún el hombre iletrado no ven más que lo aparatoso, lo externo; y de ahí nació la idea que informa todo el primer fragmento, a excepción del preámbulo. En cuanto al segundo fragmento, en balde los cervantistas buscan solución al eterno enigma que se oculta en la sublime epopeya —páseme la frase— y por toda conclusión afirman, casi todos ellos, que Cervantes triunfó, como todo genio, por la Ironía. El común sentir de los más autorizados me sirvió de motivo para la segunda parte, y en ella se da una singular circunstancia: la de unir, en una misma composición, el verso libre con el sáfico. Creo que no hay otro ejemplo en toda la poesía castellana.

»El himno que pongo en labios de aquella «sacra beldad de juvenil semblante» es un esfuerzo digno de más lisonjero resultado; pero al fin esfuerzo grande del poeta que pretende expresar dentro del molde artístico y complicado del verso sáfico el más complicado de todos los pensamientos: lo que es la ironía.

»A pocos días de publicadas mis *Impresiones*, limé los sáficos, para que si algún comentarista quería hablar algo sobre la poesía en total, encontrara los sáficos más pulidos.

»*Oda*. Esta llegó a tiempo. Premiada en público certamen y leída por

mí en la fiesta, obtuvo, inmerecidamente, elogios muy expresivos del selecto auditorio. Me propuse, siguiendo las reglas de la Preceptiva, hacer una oda moral. Pensé en los días más horribles de la conflagración europea (1916), que al poeta no le era dado fallar acerca del tremebundo hecho; quedábase el fallo para el historiador, pasado el tiempo suficiente para juzgar sin apasionamiento y con la innumerable suma de datos recogidos con gran paciencia y tino, una vez que la bendita paz restableciese el derecho de gentes. No hay en la oda una sola palabra que indique la más remota parcialidad. Condenar la guerra, sentir el sacrificio de las víctimas y pedir la paz son los tres pensamientos capitales de la *Oda*.

»Prescindi en ella del largo preámbulo que muchos de nuestros clásicos suelen unir al pensamiento total. Durante mis estudios de piano y armonía en el Conservatorio, asistí como oyente a la clase de declamación que dirigía entonces Vico; y, aunque nunca he declamado, estos conocimientos me han servido de guía para ponderar las poesías que he compuesto con destino a ser leídas en público. De los conocimientos musicales que poseo también hago uso, a fin de medir lo mejor posible hasta donde puede llegar el esfuerzo del lector en los periodos de fuerza, procurando que a un periodo de tonalidad brillante siga una modulación de modalidad sentimental y dulce.

»De que en mi *Oda* no estuve muy desacertado en los extremos que indico, es prueba muy ostensible el juicio, que en su carta acuse de recibo por el ejemplar que dediqué a D. Félix Martí Álpera, insigne pedagogo y muy versado en literatura, consigna: «Estimado amigo D. Diego: recibí oportunamente su hermosa *Oda*, tan lindamente editada. La leí enseñada de llegar a mis manos, la leí después a mi familia, y del buen efecto que produjo le diré sólo que mi hija, que en estos días cumple nueve años, ya la recita casi toda de memoria.

»Y de los demás esfuerzos realizados para dar cima a la composición, también esta otra cita es motivo para sospechar que no fueron baldíos. Trátase de D. Manuel de Sandoval, catedrático de Preceptiva y autor muy conocido por la publicación de varios libros de poesías, y persona poco dada al elogio de los cordobeses:... «con gran placer he leído y admirado la magnífica *Oda* que ha tenido U. la bondad de dedicarme. Ya sabe U. de antiguo que soy un sincero y entusiasta admirador de sus versos; y, hablando con franqueza, he de decirle que esta vez se ha excedido U. a sí mismo, y ha compuesto una verdadera obra maestra. El asunto no puede ser más oportuno ni más acertado, y la forma es, como de us-

ted, correcta, limpia, fácil y sonora». No hay un verso flojo, ni un consonante forzado, ni un acento fuera de su sitio. Y digan lo que quieran los modernistas, los versos han de ser versos; y los que como U. saben hacerlos, los hacen, y los que no saben se fastidian, y fastidian a los que tienen la desgracia de sufrirlos.»

»Cito estos comentarios ajenos para que vea U. que no siempre tuve mala suerte, y porque ellos han de llenar a U. de satisfacción, dado el entrañable deseo que siente de que mi nombre sea conocido.

»De los veinte sonetos mal contados que he compuesto, van los que estimo menos malos. No los remito para que se incluyan, sólo los mando para que, si una vez reunido el total contenido del florilegio, ve U. que alguno de los sonetos encierra un pensamiento no expuesto por otro autor, le dé cabida, si a bien lo tiene.

»Si no le parece bien el orden y obras que elijo, reforme una y otra cosa a su gusto. U. manda.

«Su afmo., *DIEGO MOLLEJA RUEDA*».

